



HERMANOS DEL SANTO



Número 239
Junio 2023

*Horno ardiente
de caridad*

«¡Es tan fácil esperarlo todo de mi Corazón!»

*Y*o soy el amor. Mi corazón no puede contener la llama que constantemente lo devora. Yo amo a las almas hasta tal punto que he dado la vida por ellas. Por su amor he querido quedarme prisionero en el sagrario. [...]

El amor a las almas me impulsó a dejarles el sacramento de la Penitencia para perdonarlas, no una vez ni dos, sino cuantas veces necesiten recobrar la gracia. Allí las estoy esperando; allí deseo que vengan a lavarse de sus culpas no con agua, sino con mi propia sangre.

En el transcurso de los siglos, he revelado de diferentes modos mi amor a los hombres y el deseo que me consume de su salvación. Les he dado a conocer mi propio Corazón. Esta devoción ha sido como una luz que ha iluminado al mundo y hoy es el medio de que se valen para mover los corazones, la mayor parte de los que trabajan por extender mi Reino.

Ahora quiero algo más, sí, en retorno del amor que tengo a las almas, les pido que ellas me devuelvan amor; pero no es éste mi único deseo; quiero que crean en mi misericordia,

que lo esperen todo de mi bondad, que no duden nunca de mi perdón. Soy Dios, pero Dios de amor. Soy Padre, pero Padre que ama con ternura, no con severidad. [...]

Esto es lo que quiero explicar a las almas: Yo enseñaré a los pecadores que la misericordia de mi Corazón es inagotable; a las almas frías e indiferentes, que mi Corazón es fuego, y fuego que desea abrasarlas, porque las ama; a las almas piadosas y buenas, que mi Corazón es el camino para avanzar en la perfección y por él llegarán con seguridad al término de la bienaventuranza. Por último, a las almas que me están consagradas,

a los sacerdotes, a los religiosos, a mis almas escogidas y preferidas, les pediré, una vez más, que me den su amor y no duden nunca del mío; pero, sobre todo, que me den su confianza y no duden de mi misericordia. ¡Es tan fácil esperarlo todo de mi Corazón!



Sor Josefa, unos meses antes de su muerte, en el convento de Poitiers (Francia)

SOR JOSEFA MENÉNDEZ.
«Un llamamiento al amor». México:
Patria, 1949, pp. 375-376.

HERALDOS DEL EVANGELIO

Revista Heraldos del Evangelio
Año XXI, número 239, Junio 2023

Director Responsable:
Mario Luiz Valerio Kühl

Consejo de Redacción:
Severiano Antonio de Oliveira;
Silvia Gabriela Panez;
Marcos Aurelio Chacaliza C.

Administración:
Calle Balbina Valverde, 23
28002 Madrid
R.N.A., N.º. 164.671

Impreso en España

Edita:
Salvadme Reina de Fátima
Dep. Legal: M-40.836- 1999
Tel. sede operativa 902 199 044

www.salvadmereina.org
correo@salvadmereina.org

Los artículos de esta revista podrán ser reproducidos, indicando su fuente y enviando una copia a la redacción.
El contenido de los artículos es responsabilidad de los respectivos autores.

SUMARIO

<i>Escriben los lectores</i>	 4	 4		<i>Restos que proclaman la victoria de la fe</i>	 34
<i>Revolución y contrarrevolución del corazón (Editorial)</i>	 5	 5		<i>Amparados por una madre</i>	 36
	<i>La voz de los Papas – El Corazón de Cristo crucificado</i>	 6		<i>Heraldos en el mundo</i>	 40
	<i>Comentario al Evangelio – Y Jesús se compadecía de ellas...</i>	 8		<i>Sucedió en la Iglesia y en el mundo</i>	 44
	<i>Justicia y misericordia: características de un buen pastor</i>	 14		<i>Historia para niños... – ¿Somos inútiles?</i>	 46
	<i>San Pablo, ¿un devoto del Sagrado Corazón de Jesús?</i>	 18		<i>Los santos de cada día</i>	 48
	<i>«Hijo mío, dame tu corazón»</i>	 22		<i>Sólo de los ángeles y de los fuertes?</i>	 50
	<i>Abismo de todas las virtudes</i>	 26			
	<i>Santa Lutgarda de Aywières – Desde niña, conquistada por el amor divino</i>	 30			



Revista Heraldos del Evangelio en línea

Acceda al contenido de la revista directamente desde su teléfono móvil.

Entre en: revistacatolica.es 



ESCRIBEN LOS LECTORES

LA FELICIDAD NO SE ENCUENTRA EN EL PECADO

Mirando a los ojos de Santa Gema, en la contracubierta de la edición de abril, ¿quién osaría afirmar que la felicidad se halla en el pecado? Qué diferentes son las miradas vacías que nos encontramos por la calle.

Felicto a los Heraldos por el trabajo que hacen con los jóvenes, para su formación; y con los lectores de la revista *Heraldos del Evangelio*, para nuestra edificación. ¡Que la Santísima Virgen les recompense el ciento por uno!

Vasco Magalhães
Vía revista.arautos.org

MODELO DE CORRESPONDENCIA A LA VOCACIÓN DE CATÓLICO

En el artículo «Todos estamos llamados al heroísmo», de la edición de marzo, podemos constatar ¡cuán grande es la vocación de un católico! ¡Y qué pequeñas son nuestras fuerzas y nuestras miras! Sin embargo, teniendo modelos como el Dr. Plinio, uno se siente llamado a corresponder sin miedo y con total generosidad, pase lo que pase.

Quien pide recibe, dijo nuestro divino Maestro; y para ser héroes no nos faltará la gracia prometida. Pero ¿qué cambio debe operarse en nosotros que nacimos y vivimos en un mundo donde los héroes propuestos son la antítesis de los héroes católicos? Ahí es donde el Dr. Plinio apunta certero: análisis interior exhaustivo —sin contemplaciones, sin excusas—, cambio de vida y determinación. ¡Qué reto! ¡Qué difícil! Pero qué belleza la de un héroe que todo lo espera de la gracia dada por medio de María Santísima, Reina de los héroes.

Silvia María Manzanares Jugo
Vía revistacatólica.org

INTERCESIÓN DE DÑA. LUCILIA

Quería agradecerles su caritativa obra. Leyendo la revista *Heraldos del Evangelio* pude ver cómo Dña. Lucilia intercede por las personas tan necesitadas que recurren a ella a través de la oración.

Les ruego, si fueran tan amables, que me indicaran si hay oraciones propias para pedir su intercesión. También me gustaría obtener algún beneficio para mi salud.

Muchas gracias por su atención.

Antonella Buono
Paciano — Italia

FE EN LLAMAS, JUNTO A PLINIO CORRÉA DE OLIVEIRA

¿Quién no se queda con la fe en llamas al acercarse al Prof. Plinio Corrêa de Oliveira?

Feliz Huysmans, que al ver el infame odio a la Eucaristía, se convirtió y encontró lo sublime en la Trapa, como leemos en el artículo «Convertido por la belleza de la Iglesia», del Dr. Plinio. Mucho más felices somos nosotros, en la hediondez de nuestros días, mucho peores que los del siglo XIX, al encontrar en los Heraldos del Evangelio un eco fidelísimo del divino Maestro diciéndonos unas veces: «Venid a mí todos los que estáis cansados...», y otras: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia...».

Mauro Francesco
Vía revista.arautos.org

ETERNA GRATITUD

Con inmensa alegría manifiesto nuestra eterna gratitud por tan gran dádiva recibida, continuamente, por medio de la revista *Heraldos del Evangelio* acerca de las cosas del Cielo, de los santos, de las virtudes y de los dones con los que el Señor Dios nos colma para que un día, creciendo en santidad, seamos dignos de la convivencia eterna y de la gloria en el Cielo.

Uno de los temas que más aprecio en la revista es el de la Eucaristía, alimento ardientemente deseado por nuestras almas sedientas de la presencia de Dios, y diariamente ofrecido en las misas. Eterna gratitud.

Leila Adriana Domingos Vieira
Joinville — Brasil

UNA CHISPA DE FUERZA, ESPERANZA Y PAZ

Todos somos pecadores y, por lo tanto, necesitamos la misericordia, el perdón. Cuando uno de vuestros sacerdotes reza por nosotros, es como si nos llegara una chispa de fuerza, esperanza y paz.

Les agradezco y felicto por su revista, siempre interesante e instructiva.

Rosa de Ciori
Civita Tauro — Italia

«QUE CONTINÚE FIRME Y ESCRIBA MÁS»

Al hermano Alison Batista de Oliveira, autor del artículo «Beato Clemens August von Galen — El León de Münster», ¡rezo para que continúe firme y escriba más! El texto está muy bien.

Clama, católico, que si no clamas tú, las piedras gritarán al Cielo. San Antonio tuvo que hablarles a los peces... puesto que nadie se dignaba a escucharlo.

Luciano Jorge de Andrade Junior
Cascavel — Brasil

PÁGINAS QUE AYUDAN A ESPIRITUALIZARSE

Felicto a esta verdadera y hermosa «obra de arte», la revista *Heraldos del Evangelio*, que huele a amor. Aprendo y me espiritualizo con las enseñanzas cristianas contenidas en sus páginas.

Les pido a Jesús, María y José que esta prensa del bien tenga muchos años por delante. ¡Lo necesitamos!

Pedro Alexandre Ricciardi
Ferreira
São Paulo — Brasil

REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN DEL CORAZÓN

Ya en la Antigüedad, el corazón simbolizaba la médula de la personalidad humana. Entre los griegos, por ejemplo, abarcaba la razón o las emociones, y entre los romanos ya existía la asociación del corazón al amor, así como al valor, puesto que a los soldados se les condecoraba con corazones de bronce por sus actos de valentía.

Distorsionando el significado metafórico del corazón, el paganismo también lo utilizó para sacrificios rituales humanos, comunes en todos los rincones del mundo, excepto en Israel. Basta mencionar el caso de los aztecas, cuyo holocausto principal consistía en la extracción del corazón de las víctimas, aún vivas, para ofrecérselo a las divinidades.

En el Génesis, por su parte, se dice que el corazón del Señor se afligió por el pecado, arrepintiéndose «de haber creado al hombre en la tierra» (6, 6). Así, ante sus faltas, el salmista ruega «un corazón puro» (Sal 50, 12) y la divina misericordia (cf. Sal 85, 3), cuyo sentido etimológico evoca un corazón compasivo para con el miserable. La promesa de salvación, no obstante, permaneció siempre en el horizonte del pueblo elegido, conforme la profecía de Ezequiel: «Os daré un corazón nuevo, y os infundiré un espíritu nuevo; arrancaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne» (36, 26).

Jesucristo, «manco y humilde de corazón» (Mt 11, 29), invitó a sus discípulos a ser «limpios de corazón» (Mt 5, 8) y recriminó a los de «corazón embotado» (Mc 8, 17). De su divino costado nació la Iglesia, cuyos latidos alcanzaron todo el orbe.

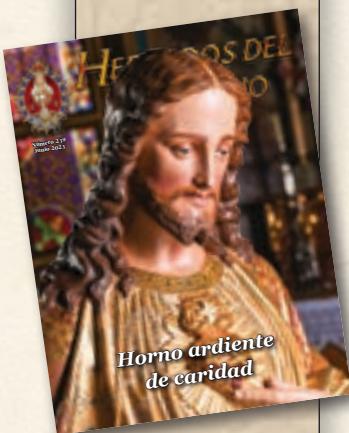
El primer milenio de la era cristiana no conoció la devoción al Corazón de Jesús. Sus orígenes más definidos se remontan a la devoción de las Santas Llagas entre religiosos como San Bernardo y San Francisco.

Más tarde, los protestantes juzgaron que había idolatría y superstición en la devoción al Corazón de Jesús. Como reacción, en 1566 el papa San Pío V exhortaba a los obispos con estas palabras: «No paralizaremos el progreso de la herejía sino moviendo el Corazón de Dios. Corresponde a nosotros, luz del mundo y sal de la tierra, llevar la claridad a los espíritus y animar los corazones con el ejemplo de nuestra santidad y de nuestras virtudes». El santo pontífice entendía que la solución para los males se encontraba en tocar el corazón de Dios mediante la santidad, empezando por la parte más alta de la jerarquía eclesiástica.

En 1673, Santa Margarita María Alacoque recibió las revelaciones del Sagrado Corazón de Jesús, al cual el rey Luis XIV debería consagrar Francia. Ante el desinterés del monarca, la nación cayó más adelante en los desvaríos de la Revolución francesa y en una contumaz deschristianización. Basta con citar que, tras el asesinato del Jacobino Marat en 1793, su corazón fue convertido en símbolo de blasfema devoción: crearon una «letanía» al «sagrado» corazón del nuevo «mártir» de la Revolución.

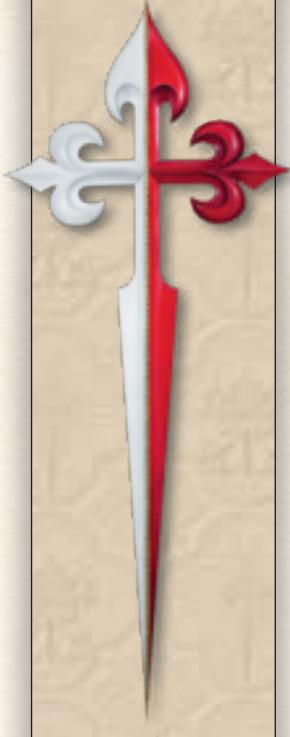
En 1917, la Santísima Virgen prometió el triunfo de su Inmaculado Corazón, el cual, según la teología de San Juan Eudes, está intrínsecamente unido al de Jesús. También profetizó que Rusia esparriría sus errores por el mundo. Despues de la muerte de Lenin en 1924, el corazón del tirano pasó a ser infamemente venerado en el mausoleo de la plaza Roja de Moscú.

Ante tantas revoluciones y contrarrevoluciones en torno al corazón, es menester, por tanto, anhelar la restauración de su sentido más elevado, a través de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús en unión con el triunfo del Inmaculado Corazón de María, a punto de cumplirse. ♦



Sagrado Corazón de Jesús - Iglesia de Nuestra Señora del Carmen, Caieiras (Brasil)

Foto: Timothy Ring





El Corazón de Cristo crucificado

«Desearía que todos los dolores recayeran sobre mí, para aliviar al prójimo».

¡Hasta ese punto de comunió lleva el amor cuando se mide según el amor a Dios! En este amor debe inspirarse la humanidad hoy.

«*Confitemini Domino quoniam bonus, quoniam in saeclum misericordia eius* — Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia» (Sal 118, 1).

Así canta la Iglesia en la octava de Pascua, casi recordando de labios de Cristo estas palabras del Salmo; de labios de Cristo resucitado, que en el Cenáculo da el gran anuncio de la misericordia divina y confía su ministerio a los Apóstoles: «Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo. [...] Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados les quedan perdonados; a quienes se los retengáis les quedan retenidos» (Jn 20, 21-23).

Antes de pronunciar estas palabras, Jesús muestra sus manos y su costado, es decir, señala las heridas de la Pasión, sobre todo la herida de su corazón, fuente de la que brota la gran ola de misericordia que se derrama sobre la humanidad. De ese corazón sor Faustina Kowalska, la beata que a partir de ahora llamaremos santa, verá salir dos haces de luz que iluminan el mundo: «Estos dos haces —le explicó un día Jesús mismo— representan la sangre y el agua».

¡Sangre y agua! Nuestro pensamiento va al testimonio del evangelista San Juan, quien, cuando un soldado

traspasó con su lanza el costado de Cristo en el Calvario, vio salir «sangre y agua» (Jn 19, 34). Y si la sangre evoca el sacrificio de la cruz y el don eucarístico, el agua, en la simbología joánica, no sólo recuerda el Bautismo, sino también el don del Espíritu Santo (cf. Jn 3, 5; 4, 14; 7, 37-39).

El Amor y la Misericordia en persona

La misericordia divina llega a los hombres a través del Corazón de Cristo crucificado: «Hija mía, di que soy el Amor y la Misericordia en persona», pedirá Jesús a sor Faustina. Cristo derrama esta misericordia sobre la humanidad mediante el envío del Espíritu que, en la Trinidad, es la Persona-Amor. Y ¿acaso no es la misericordia un «segundo nombre» del amor, entendido en su aspecto más profundo y tierno, en su actitud de aliviar cualquier necesidad, sobre todo en su inmensa capacidad de perdón? [...]

Jesús dijo a sor Faustina: «La humanidad no encontrará paz hasta que no se dirija con confianza a la misericordia divina». [...]

¿Qué nos depararán los próximos años? ¿Cómo será el futuro del hombre en la tierra? No podemos saberlo. Sin embargo, es cierto que, además



Matheus Rambo

A los Apóstoles, Jesús les señala las heridas de la Pasión, sobre todo la llaga de su corazón, fuente de misericordia que se derrama sobre la humanidad

de los nuevos progresos, no faltarán, por desgracia, experiencias dolorosas. Pero la luz de la misericordia divina, que el Señor quiso volver a entregar al mundo mediante el carisma de sor Faustina, iluminará el camino de los hombres del tercer milenio. [...]

Dos amores inseparables

Cristo nos enseñó que «el hombre no sólo recibe y experimenta la misericordia de Dios, sino que está llamado a “usar misericordia” con los demás: “Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia” (Mt 5,7)». Y nos señaló, además, los múltiples caminos de la misericordia, que no sólo perdona los pecados, sino que también sale al encuentro de todas las necesidades de los hombres. Jesús se inclinó sobre todas las miserias humanas, tanto materiales como espirituales.

El mensaje de misericordia sigue llegándonos a través del gesto de sus manos tendidas hacia el hombre que sufre. Así lo vio y lo anunció a los hombres de todos los continentes sor Faustina, que, escondida en su convento de Lagiewniki, en Cracovia, hizo de su existencia un canto a la misericordia: «*Misericordias Domini in eternum cantabo*» (Sal 89, 2).

La canonización de sor Faustina tiene una elocuencia particular: con este acto quiero transmitir hoy este mensaje al nuevo milenio. Lo transmito a todos los hombres para que aprendan a conocer cada vez mejor el verdadero rostro de Dios y el verdadero rostro de los hermanos.

El amor a Dios y el amor a los hermanos son efectivamente inseparables, como nos lo ha recordado la primera carta del apóstol San Juan: «En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios: si amamos a Dios y cumplimos sus mandamientos» (1 Jn 5, 2). El apóstol nos recuerda aquí la verdad del amor, indicándon-



Reproducción

Santa Faustina Kowalska - Iglesia del Cuerpo de Cristo, Cracovia

A cuántas almas ha consolado la invocación «Jesús, en ti confío», que la Providencia sugirió a través de Santa Faustina

nos que su medida y su criterio radican en la observancia de los mandamientos.

En efecto, no es fácil amar con un amor profundo, constituido por una entrega auténtica de sí. Este amor se aprende sólo en la escuela de Dios, al calor de su caridad. Fijando nuestra mirada en Él, sintonizándonos con su corazón de Padre, llegamos a ser capaces de mirar a nuestros hermanos con ojos nuevos, con una actitud de gratitud y comunión, de generosidad y perdón. ¡Todo esto es misericordia! [...]

Acto de abandono, que disipa las tinieblas más densas

Sor Faustina Kowalska dejó escrito en su *Diario*: «Experimento un dolor tremendo cuando observo los sufrimientos del prójimo. Todos los dolores del prójimo repercuten en mi Corazón; llevo en mi Corazón sus angustias, de modo que me destruyen también físicamente. Desearía que todos los dolores recayeran sobre mí, para aliviar al prójimo». ¡Hasta ese punto de comunión lleva el amor cuando se mide según el amor a Dios!

En este amor debe inspirarse la humanidad hoy para afrontar la crisis de sentido, los desafíos de las necesidades más diversas y, sobre todo, la exigencia de salvaguardar la dignidad de toda persona humana. Así, el mensaje de la misericordia divina es, implícitamente, también un mensaje sobre el valor de todo hombre. Toda persona es valiosa a los ojos de Dios, Cristo dio su vida por cada uno, y a todos el Padre concede su Espíritu y ofrece el acceso a su intimidad.

Este mensaje consolador se dirige sobre todo a quienes, afligidos por una prueba particularmente dura o abrumados por el peso de los pecados cometidos, han perdido la confianza en la vida y han sentido la tentación de caer en la desesperación. A ellos se presenta el rostro dulce de Cristo y hasta ellos llegan los haces de luz que parten de su corazón e iluminan, calientan, señalan el camino e infunden esperanza.

¡A cuántas almas ha consolado ya la invocación «Jesús, en ti confío», que la Providencia sugirió a través de sor Faustina! Este sencillo acto de abandono a Jesús disipa las nubes más densas e introduce un rayo de luz en la vida de cada uno. ♦

Fragmentos de:
SAN JUAN PABLO II.
Homilía en la Misa de canonización de la Beata María Faustina Kowalska, 30/4/2000.



Reproducción

EVANGELIO

En aquel tiempo,³⁶ al ver a las muchedumbres, se compadecía de ellas, porque estaban extenuadas y abandonadas, como ovejas que no tienen pastor.³⁷ Entonces dice a sus discípulos: «La mies es abundante, pero los trabajadores son pocos;³⁸ rogad, pues, al Señor de la mies que mande trabajadores a su mies».

^{10,1} Llamó a sus doce discípulos y les dio autoridad para

expulsar espíritus inmundos y curar toda enfermedad y toda dolencia.

² Éstos son los nombres de los doce apóstoles: el primero, Simón, llamado Pedro, y Andrés, su hermano; Santiago, el de Zebedeo, y Juan, su hermano; ³ Felipe y Bartolomé, Tomás y Mateo el publicano; Santiago el de Alfeo, y Tadeo;

⁴ Simón el de Caná, y Judas Iscariote, el que lo entregó.

⁵ A estos doce los envió Jesús con estas instrucciones: «No vayáis a tierra de paganos ni entréis en las ciudades de Samaria,⁶ sino id a las ovejas descarriadas de Israel.⁷ Id y proclamad que ha llegado el Reino de los Cielos.⁸ Curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, arrojad demonios. Gratis habéis recibido, dad gratis» (Mt 9, 36-10, 8).

Y Jesús se compadecía de ellas...

No son pocos los que sacrificaron su propia vida a lo largo de la Historia, por Dios o por un ser querido. Pero por un enemigo, ¿quién estaría dispuesto a hacerlo? Es lo que Jesús hizo para salvarnos a cada uno de nosotros.



✠ Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

I – ¡DIOS NOS AMÓ PRIMERO!

A nadie se le escapa esta evidencia del día a día: las cosas que componen nuestro entorno son objeto de mayor aprecio cuanto más tenemos la oportunidad de modelarlas a nuestro gusto. Por ejemplo, cuando compramos una casa lo hacemos porque nos agrada, de lo contrario no la adquiriríamos. Pero, sobre todo, es después de esforzarnos por dejarla bonita según nuestras preferencias cuando empezamos a valorarla de un modo especial. Y con más razón aún se revestirá de significado si la habitamos durante mucho tiempo, viendo crecer a nuestra familia entre sus paredes que, con el paso de los años, guardarán el recuerdo de toda una vida. Podemos decir que algo parecido ocurre en la relación de Dios con la humanidad, como señala San Pablo en la segunda lectura (Rom 5, 6-11) de la liturgia de este domingo.

Dios nos amaba aun cuando estábamos en enemistad con Él

En ese pasaje de la Carta a los romanos, el Apóstol trata de estimular a la confianza en la bondad divina presentando un raciocinio irrefutable: «Apenas habrá quien muera por un justo; por una persona buena tal vez se atrevería alguien a morir; pues bien: Dios nos demostró su amor en que, siendo nosotros todavía pecadores, Cristo murió por nosotros. [...] Si, cuando éramos enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, ¡con cuánta más razón, es-

tando ya reconciliados, seremos salvados por su vida!» (5, 7-8.10).

Antes del Bautismo, al haber heredado el pecado original y sus consecuencias, tan sólo somos criaturas de Dios, en estado de enemistad con Él. Y esta situación se agrava por los pecados actuales, que constituyen un alejamiento consciente y voluntario del Creador y un giro desordenado hacia las criaturas. A pesar de ello, «Dios nos amó primero» (1 Jn 4, 19) y tomó la iniciativa de enviar a su Hijo para redimir a la humanidad. Quedamos limpios de la mancha del pecado original y nos reconciliamos con Él mediante las aguas bautismales, las cuales nos elevan a la condición de hijos de Dios, participantes de su naturaleza, hermanos de Jesucristo y coherederos del Cielo, por los méritos de su Encarnación, Pasión y Muerte. Al respecto, comenta San Juan Crisóstomo: «Porque el que, abrumados bajo el peso de tantas culpas y malicia, haya querido, no obstante, salvarnos, prueba es evidente del amor que nos tuvo el que nos salvó. Porque no por medio de ángeles, ni de arcángeles, sino por su unigénito Hijo nos dio la salvación». De manera que si ya éramos amados a pesar de ser malos, cuánto más nos amará Dios después de perdonarnos y de haber recuperado su amistad completamente, como el propietario a su casa arreglada y decorada a su gusto.

Ahora bien, como veremos, tan maravilloso principio se vuelve aún más convincente a la luz de la enseñanza dada por el Señor en este Evangelio.

Si ya éramos amados por Dios a pesar de ser malos, cuánto más nos amará Él después de perdonarnos y de haber recuperado su amistad

El Buen Pastor constató la terrible situación de penuria espiritual de las multitudes que a Él acudían, cansadas de vagar sin rumbo por falta de guías

II – LA NECESIDAD DE PASTORES

En aquel tiempo,³⁶ al ver a las muchedumbres, se compadecía de ellas, porque estaban extenuadas y abandonadas, como ovejas que no tienen pastor.

Basta recorrer las páginas del Evangelio para constatar cómo el pastoreo se presta a simbolizar la relación entre Dios y los hombres. Por entonces se vivía en una sociedad muy vinculada al campo. Así, de modo didáctico, Jesús se refiere en numerosas ocasiones en sus predicaciones a la actividad pastoril, presentándose incluso como el Buen Pastor, para ser bien comprendido por sus oyentes. En el versículo citado, el Señor menciona el cansancio de las ovejas que no tienen pastor. De hecho, en ausencia de éste, los animales suelen dispersarse y, al deambular desviados de su camino habitual, con frecuencia se fatigan. Si estuviera el pastor, el rebaño sería conducido hacia mejores pastos donde podría alimentarse y descansar tranquilo bajo su vigilante protección.

Esta figura refleja una realidad mucho más dolorosa, concerniente a la salvación de las almas. Sin un guía espiritual competente que sepa discernir las necesidades del grupo confiado a él y adecuar el aprendizaje y el progreso a las circunstancias espirituales de cada uno, las personas se desorientan y, llevadas por las malas tendencias, se desvían del camino recto, adentrándose en las sendas del pecado, a la búsqueda de la ilusoria felicidad proporcionada por los bienes terrenos. Esta falta de rumbo produce extenuación y abandono. No obstante, a menudo, una mirada de aliento o una palabra de confianza de un pastor fervoroso son suficientes para reconducirlos a la práctica de la virtud.

En efecto, al tratarse de la salvación del alma, el consejo de alguien experimentado representa

un gran auxilio. Un principio clásico de la vida interior refiere que el temor más grande del demonio cuando tienta a alguien consiste precisamente en que la víctima busque orientación en un superior o en un confesor. Cuando esto ocurre, enseguida las péridas maniobras diabólicas quedan desenmascaradas, volviéndose inocuas, porque el mal progresará en la medida en que consigue camuflar sus intenciones últimas.

Jesús, en virtud de su conocimiento divino, veía desde toda la eternidad el estado de depauperación de las muchedumbres que lo seguían. Sin embargo, en cuanto hombre no había probado aún esa terrible situación de penuria espiritual. Entonces, al constatarla, «se compadecía de ellas», es decir, *padecía, sufría con ellas*. Por tanto, hizo suyo el sufrimiento de las muchedumbres.

Hoy en día, por desgracia, a causa de una concepción errónea de la compasión, ésta es entendida casi exclusivamente en el sentido de necesidades materiales. No cabe duda de que deben ser atendidas, favoreciendo que las personas se abran a la acción de la gracia. La civilización cristiana fue la que introdujo las obras de caridad en las relaciones humanas. De la materna solicitud de la Iglesia nacieron los hospitales y las numerosas instituciones de asistencia a los pobres y desamparados. Pero, de sí, es más importante —sin prescindir de lo material— proporcionar formación doctrinaria y consuelo espiritual, porque el alma es, por naturaleza, más noble, elevada y relevante que el cuerpo. No hay nada que se equípare a la alegría procedente de una conciencia equilibrada y tranquila. Cuando no está limpia y transparente, el hombre no se siente feliz, incluso gozando de todos los bienes terrenos.

La felicidad sobrenatural, buscada en vano por las multitudes, es la que Jesús quiere ofrecerles.



Francisco Lecaros

Jesús predica a las multitudes, de Jan Brueghel, el Viejo - Galería Nacional, Parma (Italia)



Estaban extenuadas y abandonadas al no tener quien las orientase rectamente para la venida del Mesías, que las Escrituras indicaban ya cercano. Para agravar el panorama, estaban los falsos guías que, «habiendo de ser pastores, se mostraban lobos. Porque no sólo no corregían a la multitud, sino que ellos eran el mayor obstáculo a su adelantamiento».²

Y esta orfandad no se restringe a aquellos tiempos. Si el Verbo se encarnase en nuestros días, seguramente su actitud no sería diferente, o tal vez su compasión fuese aún más acentuada, a tal punto está el mundo confundido y desviado. Por la falta de un número suficiente de auténticos pastores, la opinión pública se ensordece a la voz de Dios, se queda muda para comunicar la verdad a los demás y termina por no comprender la salvación que la Iglesia le ofrece. Así como Jesús en su vida terrena tomó la iniciativa de ir a las aldeas, curando a todos por el camino, sin rechazar a nadie, también hoy va en busca de la multitud desamparada y está siempre dispuesto a acoger al pecador. Basta con que haya un sincero arrepentimiento y deseo de enmienda de vida. Ése es el momento de apiadarnos del rebaño y acordarnos de la obligación de todo bautizado de hacer apostolado con sus semejantes.

Todopoderoso, pero quiere nuestra cooperación

³⁷ Entonces dice a sus discípulos: «La mies es abundante, pero los trabajadores son pocos;³⁸ rogad, pues, al Señor de la mies que mande trabajadores a su mies».

Es importante destacar que Jesucristo, al ser Dios, podía realizar directamente lo que le recomienda a los Apóstoles que le pidan al «Señor de la mies». Para ello, sería suficiente un simple acto de su voluntad —«Quiero que todos sean guiados por el camino de la santidad»— y prescindir de nuestra oración. Pero no. Por un misterioso designio deposita en nuestras manos la posibilidad de colaborar en la obra de la salvación de las almas. ¿Cómo? ¡Rezando!



«Predicación de San Pedro», de Masolino da Panicale - Iglesia de Santa María del Carmen, Florencia (Italia)

Al mismo tiempo, Él sería capaz de atender las exigencias de la mies y conceder a todos la oportunidad de convertirse mediante una gracia eficaz —como la que recibió

San Pablo en el camino de Damasco—, dispensando el servicio de los trabajadores de la mies. No obstante, determina que el mensaje del Evangelio sea transmitido por instrumentos humanos, por la actuación de sus discípulos. Si analizamos la cuestión en profundidad, veremos que el hombre ya ha sido creado con el instinto de sociabilidad, de modo a facilitarle el apostolado. Tenemos el anhelo y la necesidad de entrar en contacto con nuestros semejantes, y

la felicidad de unos depende de los otros. Por lo tanto, la acción mutua, el buen ejemplo, el buen consejo son factores preponderantes para la santiificación, la perfección y la perseverancia de todos en el camino hacia la bienaventuranza.

¡Un examen de conciencia para nosotros! En nuestras relaciones, ¿estamos preocupados por el prójimo, comprometidos en su progreso espiritual? ¿Somos fervorosos en la oración? Ante este deseo del Salvador, expresado en ese versículo, nos toca alzar la voz para implorarle al «Señor de la mies», Señor de la opinión pública y de toda la faz de la tierra, que envíe muchos pastores para que la nación santa del Nuevo Testamento crezca.

El mal subyugado por frágiles instrumentos

^{10,1} Llamó a sus doce discípulos y les dio autoridad para expulsar espíritus inmundos y curar toda enfermedad y toda dolencia.

Tengamos en cuenta que en aquel tiempo el mal se evidenciaba sobre todo por la posesión diabólica visible, con manifestaciones ruidosas, mientras que hoy el demonio se apodera quizás de un número mayor de personas, pero lo hace de forma subrepticia y velada.

El hecho de que el divino Maestro llamase a los Doce para darles autoridad sobre los espíritus inmundos y poder para curar enfermedades, significa que les confería el don de estrangular al mal y difundir el bien. Por tanto, Jesús, segunda Persona de la Santísima Trinidad, incluso antes

Aún en nuestros días, la opinión pública no comprende la salvación ofrecida por la Iglesia debido a la falta de pastores auténticos



de ser crucificado, rompía el dominio de las tinieblas y vencía al demonio. Para humillación de éste, en vez de actuar directamente, lo hacía por medio de criaturas humanas, incapaces de luchar contra Satanás por sí mismas.

Un registro de los comienzos de la Iglesia

² Éstos son los nombres de los doce apóstoles: el primero, Simón, llamado Pedro, y Andrés, su hermano; Santiago, el de Zebedeo, y Juan, su hermano; ³ Felipe y Bartolomé, Tomás y Mateo el publicano; Santiago el de Alfeo, y Tadeo; ⁴ Simón el de Caná, y Judas Iscariote, el que lo entregó.

El cuidado que tuvo San Mateo en consignar en su Evangelio los nombres de los doce Apóstoles responde a la necesidad de dar a conocer a los siglos venideros esos cimientos de la Iglesia, en una época de rápida expansión de la religión, en que la transmisión de la doctrina a los pueblos más diversos se hacía casi exclusivamente de forma verbal, lo que podía ocasionar ciertas dudas o imprecisiones en un futuro.

Por humildad, San Mateo incluyó su nombre después del de Santo Tomás, al contrario que los otros Evangelistas (cf. Mc 3, 18; Lc 6, 15), añadiendo «el publicano» en referencia a su antigua condición de recaudador de impuestos, en reparación de su vida pasada. Y menciona a Simón Pedro con precedencia, para resaltar su papel de Jefe de la Iglesia naciente, representante de Jesucristo en la tierra, poseedor de la infalibilidad; aquel que, para guiar al Cuerpo Místico de Cristo con fidelidad plena, debe contar con las fuerzas del Cielo.

Los cuidados de un apóstol principiante

⁵ A estos doce los envió Jesús con estas instrucciones: «No vayáis a tierra de paganos ni entréis en las ciudades de Samaria, ⁶ sino id a las ovejas descarridas de Israel».

Cuando fueron enviados a su primera misión, los Apóstoles aún no estaban del todo formados y fácilmente podían ser mal influenciados por ambientes peligrosos como el de los gentiles o el de los samaritanos, volcados por lo general hacia el gozo de los placeres terrenos. Sólo después de la Resurrección les diría el Señor: «Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos» (Mt 28, 19); y únicamente con la venida del Espíritu Santo, en

Pentecostés, estarían preparados para desempeñar la misión de predicar a los paganos.

Una lección para nosotros, porque si el Salvador empleó tal prudencia para preservar a los Apóstoles, es indispensable que también nosotros nos cuidemos de no dejarnos nunca atraer por lo que no esté en consonancia con Jesús al entrar en contacto con aquellos que deben ser evangelizados. Cuando nos falta aún la formación apropiada, precaución; una vez instruidos y fortalecidos, entonces podemos marchar hacia la conquista denodada, y siempre vigilantes.

Por otra parte, era necesario que los discípulos hicieran apostolado con las «ovejas descarridas» del pueblo elegido; primero, porque la salvación tenía que serles ofrecida preferencialmente y, segundo, para corregir la concepción nacionalista errada que llevaba a pensar que todo judío era bueno y todo extranjero era pésimo, como lo demuestra un documento rabínico: «El mejor de los goym merece morir». ³ Tenían que sentir en su propia piel el rechazo al mensaje del Mesías y enfrentar las trampas de fariseos, escribas y saduceos e incluso de numerosos elementos del pueblo, para que se dieran cuenta de la maldad que había en todos ellos. Ese saludable choque acentuaría en los discípulos la toma de conciencia del cambio de mentalidad de la que habían sido objeto durante la convivencia con el divino Maestro.

Dando testimonio con obras de la veracidad del Evangelio

⁷ «Id y proclamad que ha llegado el Reino de los Cielos. ⁸ Curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, arrojad demonios. Gratis habéis recibido, dad gratis».

La principal misión encomendada a los Apóstoles fue la de transmitir la Buena Noticia: el Reino de los Cielos está cerca.

Ahora bien, un hombre de Dios normalmente atestiguaba la veracidad de sus palabras con fenómenos extraordinarios. Y en los Libros Sagrados se decía que cuando llegara el Mesías los cojos andarían, los ciegos verían, los mudos hablarían, los sordos oirían (cf. Is 35, 5-6). Por consiguiente, teniendo en vista el dar un testimonio convincente de que de hecho Él era el Mesías, Jesús ordena a los Apóstoles que realicen milagros. «No fuese que nadie creyera a unos hombres rústicos y sin elegancia en el lenguaje, ignorantes y sin letras, que prometían el Reino de los Cielos, les da ese

Jesús le concede a los Apóstoles el poder de realizar muchos milagros, a fin de comprobar la grandeza del Reino anunciado por ellos



poder [...], para que la grandeza de las promesas la compruebe la grandeza de los milagros».⁴

Pero, así como recibieron «gratis» ese don, también deberían actuar en beneficio del prójimo, desempeñando un papel semejante al de Jesús con ellos. Es decir, les encargaba que hicieran el bien incondicionalmente.

III – EL REINO ANUNCIADO EN EL SIGLO XXI

A la vista de esos poderes conferidos por Jesús a los Doce, así como a numerosos varones justos en los primeros tiempos de la expansión del cristianismo, es oportuno que nos preguntemos por qué esas maravillas ya no se repiten con igual frecuencia. La respuesta la dio San Gregorio Magno a finales del siglo VI: «Estas cosas eran necesarias en los comienzos de la Iglesia, pues para robustecer la fe en la multitud de los creyentes debía nutrirse con milagros [...]. En realidad, la Santa Iglesia hace a diario espiritualmente lo que entonces hacían corporalmente los Apóstoles».⁵ Exactamente, no podemos olvidar ese importante aspecto que subraya el santo doctor. La Iglesia obra, a través de los Sacramentos, prodigios aún mayores, en beneficio de las muchedumbres que

padecen alguna enfermedad espiritual: lava el alma leprosa de las inmundicias del pecado, resucita a los muertos a la vida de la gracia, libera a los que están sujetos al imperio del demonio, restituye a los ciegos de espíritu la luz de la fe.

Una misión prolongada a través de los siglos

El Evangelio del undécimo domingo del Tiempo Ordinario tiene una belleza especial y una invitación para cada uno de nosotros. La incumbencia de predicar la venida cercana del Reino de los Cielos dada a los Apóstoles sólo concluirá al final de los tiempos, cuando haya acabado la historia. Esa es la misión de la Santa Iglesia, de sus ministros consagrados y de todo bautizado; es la prolongación a través de los siglos de la acción redentora de Jesucristo. Por lo tanto, estamos obligados a evangelizar mediante la palabra, el ejemplo, la oración o el sufrimiento, con vistas a transformar la sociedad. Hemos de anunciar la necesidad del abandono del pecado, del cambio de mentalidad, de la búsqueda continua de la santidad y trabajar para que eso se lleve a cabo cuanto antes y en el más alto grado posible. Para Dios debemos querer no sólo lo mejor, sino todo, ahora y para siempre.

Tengamos presente que el Reino de Dios empieza aquí en la tierra, porque poseemos una semilla que florecerá en gloria en la eternidad, cuando participemos de la felicidad de Dios mismo. Cada uno tiene un determinado plazo de vida. Veinte, cuarenta, cien años? Sólo Dios lo sabe. Pero ¿qué es eso comparado con la eternidad? ¡Absolutamente nada! Por tanto, la conquista del Reino de los Cielos, comenzada en esta tierra, debe constituir el primordialísimo objetivo de nuestra existencia. ♦

A través de los sacramentos, la Iglesia realiza hoy prodigios mayores que los de otrora, en beneficio de quienes padecen enfermedades espirituales

Reproducción



Homilía durante una misa en la basílica de Nuestra Señora del Rosario, Caeiras (Brasil)

¹ SAN JUAN CRISÓSTOMO. *In Epistolam ad Romanos. Hom. IX, n.º 3:* MG 60, 471.

² SAN JUAN CRISÓSTOMO. Homilías sobre el Evangelio de San Mateo. Homilia XXXII,

n.º 2. In: *Obras*. 2.ª ed. Madrid: BAC, 2007, t. I, pp. 637-638.

³ KIDDUSHIN. Y 66cd. In: BONSIRVEN, SJ, Joseph (Ed.). *Textes rabbiniques des deux premiers siècles chrétiens*. Roma:

Pontificio Instituto Bíblico, 1955, p. 419.

⁴ SAN JERÓNIMO. Comentario a Mateo. L. I (1, 1-10, 42), c. 10, n.º 23. In: *Obras Completas. Comentario a Mateo y*

otros escritos. Madrid: BAC, 2002, t. II, p. 109.

⁵ SAN GREGORIO MAGNO. *Homilia in Evangelia. L. II, hom. 9, n.º 4*. In: *Obras*. Madrid: BAC, 1958, p. 679.

Justicia y misericordia: características de un buen pastor

El mundo actual bien puede ser comparado a un pastizal, donde encontramos corderos fieles, ovejas perdidas, lobos feroces e incluso lobos disfrazados con piel de oveja. ¿Cómo les debe tratar a cada cual el verdadero pastor?

⟳ **João Luis Ribeiro Matos**



Entre las parábolas compuestas por el divino Maestro, quizá ninguna indique mejor cómo debe ser un gobernante que la del Buen Pastor (cf. Jn 10, 1-30). En ella el propio Señor se presenta como verdadero guía, amparo y padre de una multitud de ovejas que oyen su voz y lo siguen.

El cuidado del rebaño, lejos de ser mero ocio o entretenimiento, constituye un oficio de gran responsabilidad: «¡Ay de los pastores de Israel que se apacentan a sí mismos!», les dijo Dios por boca de Ezequiel (34, 2). Corresponde al pastor fortalecer a la oveja débil y atravesar valles y montes en busca de la que se ha perdido, pero sin descuidar a las robustas, manteniendo el redil resguardado del ataque de los lobos, aún más sabiendo que algunos de ellos osan presentarse disfrazados con piel de oveja.

En este contexto, el pastor no puede dejarse iludir, en nombre de una «misericordia» espuria, por los «ingenuos» balidos de la fiera que se introduce en el aprisco como si fuera un inofensivo cordero, escondida bajo los deslucidos velos de una lana de segunda clase. ¿Cómo calificar al católico que, tras superar numerosos obstáculos, baja al fondo del abismo con peligro para

sí mismo, allí recoge cariñosamente a un astuto lobo, suelta en el redil el fruto de su caritativo apostolado y se marcha a dormir sobre los laureles de tan brillante hazaña, después de haber contemplado prolongada y tiernamente a la nueva «ovejita» en «confraternización» con las demás?

Por otra parte —cosa tal vez más difícil—, el buen pastor también tiene que saber diferenciar a estos intrusos de la oveja que, si bien descarriada, huidiza, embrutecida y sucia, continúa siendo oveja, y no debe ser expulsada a bastonazos, porque fuera del aprisco sólo encontrará la muerte.

¿Cómo proceder en estos casos? Quizá el elocuente ejemplo de San Bernardo de Claraval arroje luz sobre el tema. Aunque distante de nosotros algunos siglos, parece resplandecer para todas las generaciones como modelo de buen pastor.

Cisma en la Santa Iglesia

Grave, delicada, compleja, pero al mismo tiempo simple: así se presentaba la paradójica coyuntura europea en la década de 1130.

La Santa Iglesia había sido sacudida en su unidad. Dos prelados afirmaban ser Papas. Es imposible pen-



Corresponde al pastor fortalecer a la oveja débil y encontrar a la que se ha perdido, sin descuidar a las robustas, manteniendo el redil resguardado del ataque de los lobos

«El buen pastor», de Marten van Cleve

Reproducción



Urmelbeauftragter (CC by-sa 3.0)

Por una misión profética, le cupo a San Bernardo la tarea de amparar al rebaño de Cristo

San Bernardo de Clairaval - Iglesia dedicada a él en Frankfurt (Alemania)

sar en una situación de mayor gravedad y complejidad, sobre todo porque sendas elecciones se desarrollaron en condiciones ambiguas y parecían irregulares para ambos partidos.

La ciudad de Roma estaba en manos del antipapa Anacleto II. El verdadero Papa, Inocencio II, se vio obligado a refugiarse temporalmente en Francia, nación que pronto adhirió al pontífice. Igualmente Inglaterra y España, entre otras, permanecieron fieles al legítimo Sucesor de Pedro.

La situación era aún más delicada, ya que involucraba no sólo el orden espiritual, sino también el temporal. El trono del Sacro Imperio Romano se lo disputaban Lotario, legítimo heredero y fiel a Inocencio, y el duque de Suabia, seguidor de Anacleto. Por otra parte, el antipapa contaba con Guillermo X, duque de Aquitania, y Roger de Sicilia, «el militar y gobernante más competente de su tiempo». ¹

Pese a ello, la solución resultó ser muy sencilla: mientras los fieles parecían perdidos «como ovejas que no tienen pastor» (Mt 9, 36), para un hombre todo estaba claro. Este varón, cuya tarea fue la de amparar al rebaño de Cristo en el cumplimiento de una misión profética, era nada menos que San Bernardo.

Desvelo en el rescate de una oveja descarrizada

Aunque las grandes naciones habían tomado partido por el Sucesor de Pedro, no dejaron de sufrir divisiones internas, incluso en sus más finas capilaridades. Veamos lo que ocurría en la ciudad francesa de Tours.

En 1133, estando vacante la sede episcopal, sucedió que un diácono ambicioso llamado Felipe se hizo elegir para el cargo de obispo e inmediatamente fue hasta el antipapa, Anacleto II, a fin de oficializar su nombramiento. Ahora bien, como había muchas irregularidades en esa elección, el clero de Tours se reunió otra vez y eligió un nuevo sucesor.

Es conmovedor observar la manera que San Bernardo, al enterarse del caso, eligió para tratar a ese rebelde —por cierto, íntimo amigo suyo. El discernimiento profético del santo le hizo ver en él no un lobo empedernido, sino una oveja descarrizada. Esto lo sabemos por una carta que el Doctor Melifluo le escribió a Felipe, cuando aún usurpaba la cátedra de Tours:

«Sufro por ti, Felipe amadísimo. [...] Mi dolor no es digno de burla, sino de compasión, porque no nace de la carne, ni de la sangre, ni de la pérdida de cosas caducas, sino de ti mismo, Felipe. No puedo manifestarte más expresivamente la causa tan importante de este dolor: Felipe está en peligro.

»Y cuando digo esto me refiero al llanto grave de la Iglesia que en otro tiempo te llevaba en su seno y te vio germinar como un lirio cargado de dones celestiales. [...] ¡Pero ay! ¡«Cómo se ha mudado su color bellí-

simo» (Lam 4, 1)! ¡Qué desilusión tan profunda para Francia que te engendró y te crió!».²

El pecado cometido no hería únicamente al santo abad, sino que ofendía y entristecía principalmente a Nuestro Señor Jesucristo y, con Él, a la Santa Iglesia. No obstante, el conocimiento de la injuria a Dios puede no ser suficiente para convertir a un pecador. También se hace necesario recordarle el peligro que corre su alma:

«Si lo desdesñas todo y no atiendes a razones, por mi parte no perderé el fruto de esta carta que nace de mi amor, pero tú deberás responder de tu desprecio ante el terrible tribunal de Dios».³

Desafortunadamente, esto no fue suficiente. Una vez nombrado legado pontificio para dirimir la cuestión de Tours, San Bernardo destituyó a Felipe de su cargo. Éste, derribado de la altura a la que había llegado sin merecerlo, fue a quejarse a Anacleto, que lo invistió como arzobispo de Tarento.

Pastores que se comportan como lobos

Dejemos, por el momento, a este empedernido para considerar un segundo caso, ocurrido unos años antes, en el cual la actitud de San Bernardo hacia otro prelado fue muy distinta. Hablamos de Gerardo, obispo de Angulema.

Hombre de raras cualidades, se distinguió rápidamente como teólogo, orador y escritor. Sus atributos intelectuales iban acompañados, sin embargo, de una gran codicia. La sed de poder le hizo obtener de Pascual II el cargo de legado pontificio en varias regiones de Francia, dignidad que mantuvo durante el reinado de los tres Papas siguientes.

Una vez que el cisma hubo entrado en el seno de la Iglesia, el soberbio prelado también le solicitó el puesto a Inocencio II. No obstante, el Papa, consciente de su indignidad, rechazó su petición. En consecuencia, Gerardo se unió de inmediato a Anacleto, recibiendo de manos del antipapa el

anhelado cargo y convirtiéndose en su fiel colaborador; comenzó, además, a perseguir a los que permanecían fieles al verdadero Sucesor de Pedro.

En 1132, San Bernardo se vio obligado a dirigir una carta a los obispos de Aquitania denunciando el crimen de Gerardo. Si no conocíramos el vigor de las almas santas, no pensaríamos que provendría del Doctor Melifluo:

«El enemigo de la cruz de Cristo, y lo digo llorando, tiene la osadía de arrojar de sus sedes a los santos que no rinden homenaje a la fiera, la cual “abrió su boca para maldecir a Dios, insultar su nombre y su morada” (Ap 13, 6). Pretende levantar un altar contra otro altar y no le avergüenza confundir lo lícito con lo ilícito. Se esfuerza en suplantar unos abades por otros y unos obispos por otros obispos, arrinconando a los católicos para promover a los cismáticos. [...] Recorre mar y tierra para hacer un obispo, que va a resultar un hijo del infierno, con doble culpa que él (cf. Mt 23, 15)».⁴

Con todo, el ímpetu y el furor de estas imprecaciones no se debían a meras inconformidades personales, sino al hecho de que se había transformado en lobo quien debía ser pastor. En otra carta, dirigida a Godofredo de Loroux, célebre literato de la época, el santo abad expresa su gran indignación contra estos malos pastores:

«A aquella bestia del Apocalipsis, a la que dieron una boca blasfema y le permitieron guerrear contra los consagrados (cf. Ap 13, 57), se sienta en la cátedra de Pedro “como un león ávido de presa” (Sal 16, 12). Además, otra bestia rezonga sibilante junto a ti, “como un cachorro agazapado en su escondrijo” (Sal 16, 12). Una más feroz y la otra más astuta, juntas “se han aliado contra el Señor y contra su Ungido” (Sal 2, 2)».

Muerte de los dos prelados

Dos obispos, con conductas igualmente pecaminosas, recibieron de



Dos obispos, con conductas igualmente pecaminosas, recibieron de Bernardo un trato diferente

Detalle de «La entrada de San Bernardo en Milán», de Vicente Berdusán - Museo de Zaragoza (España)

Bernardo de Claraval un trato diferente. ¿Qué final tuvieron estos hombres sobre los que posó la diestra de un santo, en uno para apartarlo con violencia y en el otro para indicarle el camino de vuelta al redil?

Mucho tiempo esperó el Doctor Melifluo para divisar a lo lejos al hijo pródigo que regresaba a la casa paterna (cf. Lc 15, 20). Sólo unos años después, en 1139, los vientos justicieros se arrojaron contra aquella casa construida sobre la arena (cf. Mt 7, 26-27). Estando ya restablecida la unidad de la Santa Iglesia, Inocencio convocó un concilio y depuso a todos los prelados otrora partidarios de Anacleto.

Destituido de la diócesis de Tarento y privado del ejercicio de las funciones litúrgicas, Felipe encontró refugio en el claustro cisterciense de Claraval, donde vivió sus últimos años bajo el desvelo y la protección de San Bernardo. De corazón sincero, el penitente se enmendó profundamente y mereció nueva condescendencia por parte del santo, que después de cierto tiempo le escribió al papa Eu- genio III, entonces reinante, rogándole la total absolución de Felipe:

«Tengo otro asunto que no mezclo con los demás porque me toca y me angustia más que los otros y necesita la insistencia especialísima de mi súplica. Nuestro Felipe se había ensalzado y ha sido humillado; pero volvió a humillarse y no ha sido ensalzado, como si el Señor no hubiera dicho ambas cosas (cf. Mt 23, 12)».⁵

Esta petición muestra hasta dónde llegó el aprecio de aquel buen pastor por una oveja que se dejó conducir por él. Por esta misiva, el santo abad obtuvo el permiso para que Felipe ejerciera nuevamente su ministerio sacerdotal.

En sentido diametralmente opuesto, según todo parece indicar, Gerardo recibió la suerte de los desdichados, muriendo en 1136 «sin haber manifestado el menor asomo de arrepentimiento».⁶

San Bernardo: ¿un mal pastor?

Si San Bernardo hubiera tenido con Gerardo la misma benevolencia que prodigó con Felipe, ¿acaso no encontraríamos también en él un penitente contrito? Al fin y al cabo, la misericordia siempre salva... ¿Se habría equivocado el Doctor Melifluo en su forma de proceder? ¿Podría su lenguaje firme y aguzado provenir de un corazón insensible al diálogo, desprovisto de caridad?

Eso es lo que parece saltarnos a la vista al contemplar tales hechos. Sin embargo, en la propia vida del Señor leemos que el joven rico, a quien el divino Maestro miró con amor, rechazó el llamamiento a ser apóstol (cf. Mc 10, 21-22). Los espíritus ciegamente pacificadores también se sorprenderían si vieran salir de los labios divinamente dulces de Jesús estas palabras: «¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, «sepulcros blanqueados», «¡serpientes, raza de víboras!» (Mt 23, 27.33).

El Señor afirmó: «Os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho

con vosotros, vosotros también lo hacéis» (Jn 13, 15). Él es el modelo de cómo tratar a los lobos y a las ovejas, de saber el momento de expulsar a los mercaderes o de perdonar a la mujer adúltera, de apartar a un pecador impenitente o rescatar a quien aún puede ser salvado. Valorando desde la distancia el proceder de San Bernardo, es posible percibir cómo sus actitudes no fueron arbitrarias, sino regidas por esa luz profética.

Un ejemplo a seguir

No obstante, el gran problema que queda detrás de esto, la pregunta que no quiere callar es la expuesta al principio de nuestro artículo: ¿cómo diferenciar las ovejas descarradas y los lobos que amenazan al rebaño, a fin de que *nosotros* no nos equivoquemos?

Siglos después de San Bernardo, el incomparable Jean-Baptiste Chautard —por cierto, hijo espiritual suyo— tejió un elogio en el cual, creemos, se

resumían los principales criterios para el buen pastoreo de las almas.

Según Dom Chautard, al analizar atentamente la historia del abad de Claraval «el lector sabrá distinguir hasta qué extremo la vida interior había hecho impersonal a este hombre de Dios. Sólo despliega la firmeza de su carácter cuando llega a una persuasión completa de la ineficacia de otros medios. Así, llevado por su gran amor a las almas, y por una inexorabilidad en la defensa de los principios, después de haber manifestado una santa indignación y exigido remedios, reparaciones, prendas y promesas, se le ve entregarse con una dulzura maternal a la conversión de quienes su conciencia le había obligado a combatir».⁷

Por lo tanto, ante todo, es necesario imparcialidad: no moverse nunca por antipatías o apegos personales, sino siempre en función de la causa de Dios, por una intención pura que prá-

ticamente excluye la posibilidad de error. Por cierto, cualquier subordinado se da cuenta con facilidad cuándo el amor propio alimenta o no una actitud de su superior. En segundo lugar, hay que tener paciencia: muchos recaen porque son débiles, no hipócritas.

Sin embargo, esto jamás podrá incurrir en una transigencia para con los principios de la doctrina y de la moral católicas. Misericordia no es sinónimo de connivencia o negligencia. La primera caracteriza a los pastores de ovejas; las otras, a los encubridores de lobos. Cuando fuere preciso adoptar la táctica de la firmeza, no se debe titubear ni siquiera un minuto.

Finalmente, es indispensable cultivar una profunda vida interior, que nos llevará siempre a consultar al Espíritu Santo. En la mayoría de los casos, nos hablará por la boca de un experimentado director espiritual, de un santo, o incluso de un profeta como San Bernardo. ♦



Reproducción

Para diferenciar las ovejas descarradas de los lobos que amenazan al rebaño, a ejemplo de San Bernardo, es necesario imparcialidad, paciencia y una profunda vida interior

«El buen pastor», de Thomas Cole - Museo de Arte Americano Crystal Bridges, Bentonville (Estados Unidos)

¹ LUDDY, Ailbe J. *São Bernardo de Claraval*. São Paulo: Cultor de Livros, 2016, p. 276.

² SAN BERNARDO DE CLARAVAL. Carta 151. In: *Obras Completas*. 2.^a ed. Madrid: BAC, 2003, t. vii, pp. 535; 537.

³ Ídem, p. 537.

⁴ SAN BERNARDO DE CLARAVAL. Carta 126, n.^o 7. In: *Obras Completas*, op. cit., p. 471. Cabe señalar que los seguidores de Anacleto eran bastante hostiles a la influencia de San Bernardo y difícilmente aceptarían el frescor de su misericordia. Poco después de la primera embajada

del abad de Claraval al duca de Aquitania, los cismáticos llegaron a destruir el altar donde había ofrecido el santo sacrificio (cf. LUDDY, op. cit., p. 279).

⁵ SAN BERNARDO DE CLARAVAL. Carta 257, n.^o 1. In:

Obras Completas, op. cit., p. 833.

⁶ LUDDY, op. cit., p. 328.

⁷ CHAUTARD, OCR, Jean-Baptiste. *L'âme de tout apostolat*. 15.^a ed. Paris: Téqui, 1937, pp. 136-137.

San Pablo, ¿un devoto del Sagrado Corazón de Jesús?

Necesitamos de la misericordia. Y difícilmente se puede abordar este tema sin invocar la célebre devoción al Sagrado Corazón de Jesús. ¿Cuándo surgió ésta?

» Nelson José Camilo López



Fl Libro de los Salmos es un verdadero compendio de nuestra relación con Dios. Difícilmente encontraremos un sentimiento, una moción, una prueba o una súplica que no estén poéticamente expresados en sus versículos.

No obstante, entre estos textos inspirados, el salmo 129 llama la atención debido a la precisión casi «científica» con la que describe, paso a paso, una prueba a la cual está sometida toda alma que se toma en serio su propia santificación.

En determinado momento de la vida, el hombre descubre la distancia insondable que lo separa de la perfección —y por tanto de Dios—, constata que no tiene fuerzas para cruzarla y siente que el naufragio se aproxima. En esas circunstancias sólo encuentra una esperanza, una tabla de salvación: la oración, arma infalible que el orgullo humano siempre insiste en relegar al último recurso.

Entonces brota del alma un clamor lastimoso: «Desde lo hondo a ti grito, Señor; Señor, escucha mi voz» (Sal 129, 1-2). No presume que sea escuchada su petición, tan sólo grita. Sin embargo, Dios únicamente espera esta actitud de humildad para hacer sentir su presencia.

Cuando el alma percibe la audiencia divina, ¿qué palabras pro-

nuncia? Curiosamente no pide que le sea indicada una salida. Siente que, para no sucumbir, tiene una inmediata necesidad de otra cosa: clemencia. «Si llevas cuenta de los delitos, Señor, ¿quién podrá resistir?» (Sal 129, 3).

Una vez pedida, la clemencia llega y —¡oh, maravilla!— ella misma es la solución: «Pero de ti procede el perdón, y así infundes temor» (Sal 129, 4).

Una devoción para todos

¿Por qué nos hemos aventurado a describir este proceso? Para demostrar cómo, tarde o temprano, Dios nos hace pasar por ciertos dramas, a fin de inculcar en nuestro espíritu una verdad crucial: necesitamos misericordia. Y difícilmente se puede ha-

blar de misericordia sin invocar la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

Esta figura tiernísima de tal manera suave y satisface nuestra necesidad de compasión que algunos llegaron a postular que había sido «inventada» específicamente a ese propósito.

Nos explicamos. A partir del siglo XVII, con Santa Margarita María Alacoque, fue cuando dicha forma de culto se extendió por todo el orbe católico, y con tanto vigor que algunos autores afirmaron que era una invención del catolicismo moderno, el cual habría abandonado la elevadísima concepción medieval del amor, materializándola en una adoración al corazón físico de Jesús.¹ Según otros, San Claudio de la Colombière se habría inspirado en un cuáquero llamado Thomas Goodwin para idealizar dicha devoción y luego habría instigado a Santa Margarita a propagarla.²

Afortunadamente, estos postulados son falsos. La carencia de afecto —o el exceso de sentimentalismo— del hombre moderno no tuvo el mérito de «crear» el Sagrado Corazón de Jesús. Durante la propia Edad Media, en el silencio de los claustros, ya vemos a San Bernardo penetrar místicamente el costado de Cristo abierto por la lanza, a fin de encontrar en su interior el Corazón atravesado y revelar los secretos de este gran sa-

Los primeros adoradores del Corazón de Jesús parecen que se hallan muy cercanos al tiempo en que éste latía físicamente entre los hombres

cramento de bondad, las entrañas misericordiosas de nuestro Dios.³ Y no sólo él, sino otros grandes nombres de la espiritualidad del siglo XII siguieron el mismo camino.⁴

En realidad, esta devoción es muchísimo anterior incluso a la Edad Media. Jesús mismo indicó como ejemplo su Corazón «manso y humilde» (Mt 11, 29), y, por ello, parece que sus primeros adoradores se hallarían muy cercanos al tiempo en que latía físicamente. Hablando de un modo más específico, al recorrer los escritos del apóstol San Pablo encontramos en él a un verdadero paladín del Sagrado Corazón de Jesús⁵ y, en cierto sentido, un precursor de las revelaciones de Santa Margarita.

¿Qué es el corazón para San Pablo?

Los hebreos de otrora entendían al hombre de una manera muy concreta, y nunca disociaban cuerpo y alma. Es frecuente encontrar en el Antiguo Testamento alusiones a la dimensión simbólica de los ojos, de las orejas, del corazón, de la lengua, de las manos e incluso de los pies para invocar a la totalidad de la actividad humana. El corazón obviamente ocupa el primer lugar.⁶

San Pablo fue heredero de esta concepción. Si analizamos sus cartas, en muchos pasajes encontraremos alusiones al corazón como receptáculo de la caridad o fuente de la que procede (cf. Rom 5, 5; 1 Tim 1, 5), sagrario de las consolaciones (cf. 2 Tes 2, 16; Col 2, 2), de la paz de alma (cf. Col 3, 15), de la obediencia a la Palabra de Dios (cf. Rom 6, 17), de la misericordia (cf. Col 3, 12), de la generosidad (cf. 2 Cor 9, 7) y de las firmes resoluciones (cf. 1 Tes 3, 13).

En resumen, el corazón aparece como el centro de la personalidad, el sitio en el cual se arraiga la vida religiosa y moral y se determina la orientación de la existencia. Para sintetizarlo todo en una sola palabra, como decía

el Prof. Plínio Corrêa de Oliveira,⁷ el corazón simboliza la *mentalidad* del hombre.

Desde esta perspectiva, la devoción al Corazón de Jesús adquiere una profundidad insosnable. Más adelante volveremos sobre este tema.

Entrañas: sinónimo de corazón

A pesar de que existe una amplia gama de significados, es innegable que el corazón posee una relación muy especial con el amor.

En este sentido, hay otro término que el Apóstol usa como equivalente: entrañas. La paridad entre ambos es universalmente reconocida, pero



Sailko (CC by-sa 4.0)

San Pablo, de Antonio del Ceraiolo - Museo de la Academia Etrusca y de la Ciudad de Cortona (Italia)

Recorriendo los escritos del apóstol San Pablo, descubrimos en él a un verdadero paladín del Sagrado Corazón de Jesús

este último tiene un particular matiz de afecto, como dice el P. Bover: la palabra «*entrañas* expresa mayor ternura, delicadeza o profundidad de sentimiento que *corazón*, o bien cierto movimiento o inclinación hacia la persona amada. [...] Las entrañas son símbolo del mismo amor, en lo que tiene de más íntimo y exquisito y síntesis de la persona entera, en lo que tiene de más atractivo y comunicativo».⁸

Por cierto, hay que decirlo, San Pablo no usa la expresión «corazón de Jesús», sino únicamente «entrañas de Jesús». Sin embargo, esto no altera en modo alguno la profunda similitud teológica entre sus escritos y las revelaciones de Santa Margarita.

Jesús fue traicionado por su amor

Sobre la comprensión que tenía San Pablo acerca del amor de Jesús podemos encontrar tres pasajes especialmente esclarecedores: «Mi vida de ahora en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, *que me amó y se entregó por mí*» (Gál 2, 20); «vivid en el amor como *Cristo os amó y se entregó por nosotros*» (Ef 5, 2); «Maridos, amad a vuestras mujeres como *Cristo amó a su Iglesia*» (Ef 5, 25).

En estas perícopas, el Apóstol expresa las tres dimensiones del amor del Señor: «Cristo me amó», «Cristo nos amó» y «Cristo amó a la Iglesia». Se trata de una predilección por cada hombre, por la humanidad y, de modo especial, por su Cuerpo Místico. San Pablo deja claro también que el amor de Jesús lo llevó a *entregarse*. El mismo Redentor lo declaró en las palabras de la institución de la Eucaristía, como recuerda la primera Carta a los corintios: «Esto es mi cuerpo, *que se entrega por vosotros*» (11, 24).

Se diría que tal cariño de Cristo por nosotros acabó «obligándolo» a consumar la Pasión y, no contento con ello, a convertirse en nuestro alimento. El Salvador no padeció en

la cruz porque Judas lo entregara; el repugnante hijo de la perdición llegó demasiado tarde: Jesús ya había sido «traicionado» por su propio amor.

Así es, traicionado, porque se dispuso a sufrir, aun sabiendo que seríamos infieles a su sacrificio. Al menos de eso se queja a Santa Margarita: «He ahí este Corazón, que ha amado tanto a los hombres, que nada ha perdonado hasta agotarse y consumirse para demostrarles su amor, y en reconocimiento no recibo de la mayor parte sino ingratitud, ya por sus irreverencias y sus sacrilegios, ya por la frialdad y desprecio con que me tratan en este sacramento de amor. Pero lo que me es aún mucho más sensible es que son corazones que me están consagrados los que así me tratan».⁹

El Hijo nos enseña a ser hijos

Aunque la sangre del Señor ha sido arrojada al suelo innumerables veces, no por eso ha dejado de ser fecunda. En otra aparición a la vidente, Jesús le descubrió su amoroso Corazón, afirmando: «He aquí el Maestro que te doy, el cual te enseñará todo lo que debes hacer por mi amor. Por esto serás tú su discípula amada».¹⁰ El torrente de caridad que brota de las entrañas del Salvador se derrama sobre quien se dispone a beber de él y lo introduce en una verdadera escuela. ¿Qué aprendemos en ella?

Dos versículos paulinos conexos arrojan luz sobre esta reflexión: «Como sois hijos, Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: «¡Abba, Padre!»» (Gál 4, 6). «Pues no habéis recibido un espíritu de esclavitud, para recaer en el temor, sino que habéis recibido un Espíritu de hijos de adopción, en el que clamamos: «¡Abba, Padre!»» (Rom 8, 15). Es decir, el Espíritu Santo es el Espíritu del Hijo, infun-

dido en nuestros corazones para proporcionarnos la filiación adoptiva.

En otras palabras, el Señor, objeto de las predilecciones del Padre, nos concede gozar del mismo amor que Él recibe. Y no sólo eso: como verdadero hombre, que ama al Padre con sentimientos y afectos humanos perfectísimos, nos impulsa a participar también de su amor ascendente.

Finalmente, cuando el Espíritu del Hijo es infundido en nuestros corazones, los hace semejantes al suyo: el Hijo nos enseña a ser hijos.

Corazón de Pablo, Corazón de Cristo

El ápice de tal escuela es el intercambio de corazones. Santa Margarita Alacoque describe que, una

vez, el Señor le pidió su corazón y lo introdujo en su propio Corazón adorable, en el cual se lo mostró como un pequeño átomo, que se consumía en aquel horno encendido. A continuación, lo sacó de allí como si fuera una ardiente llama, y volvió a introducirlo en el sitio de donde lo había retirado místicamente, diciéndole: «He ahí, mi muy amada, una preciosa prenda de mi amor, el cual encierra en tu pecho una pequeña centella de sus vivas llamas para que te sirva de corazón».¹¹

¿Qué significa esta visión? Recordemos que este órgano simboliza la mentalidad. A partir del momento en que se produce el augustísimo fenómeno sobrenatural del intercambio de corazones, el alma pasa a juzgar, sentir, actuar, y reaccionar a semejanza del propio Hombre-Dios; se trata de una vida nueva que comienza a florecer.

El Apóstol de las gentes sin duda también recibió esta gracia, como deja claro en una de sus frases más emblemáticas: «Vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí» (Gál 2, 20). Con razón concluyó San Juan Crisóstomo, al comentar esta afirmación: «El corazón de Pablo, por tanto, era el Corazón de Cristo».¹²

Haz nuestro corazón semejante al tuyo

¿Nos corresponde a nosotros, por ventura, una meta tan elevada? ¿Podríamos anhelarla sin correr el riesgo



Aparición del Sagrado Corazón de Jesús a Santa Margarita María Alacoque - Iglesia de San Patricio, Nueva Orleans (Estados Unidos)

Con el intercambio de corazones, el alma pasa a juzgar, sentir y actuar a semejanza del Hombre-Dios; ¿no habría recibido el Apóstol esta gracia?

de caer en la presunción? Para dar una solución adecuada a tales preguntas, nada mejor que cederle la palabra al propio San Pablo.

El Apóstol nos manda que seamos «imitadores de Dios» (Ef 5, 1), progresando en la caridad hasta el derramamiento de nuestra sangre si fuera necesario, conforme el ejemplo del Señor. Debemos, dice en otro lugar, ser una «carta de Cristo» (2 Cor 3, 3), escrita no con tinta, sino con el Espíritu de Dios vivo, no en tablas de piedra, sino en las tablas de carne, que son nuestros corazones. En síntesis, he aquí la respuesta: ¡es evidente que sí!

También Santa Margarita, en una misiva, le suplica a una religiosa que haga una donación de todo su ser, para que el Señor, habiéndolo purificado de aquello que le desagrada, disponga de él según su beneplácito. De ordinario, continúa la santa, Él pide esto de sus más queridos amigos: unidad de voluntad, para no querer más que lo que Él quiere; unidad de amor; unidad de corazón, de espíritu y de operación, para unirnos a lo que Él hace en nosotros.¹³

Una meta tan sublime podría parecer un poco etérea si ambos paladines del Sagrado Corazón de Jesús

Amoldar nuestra mentalidad al Sagrado Corazón de Jesús significa conocerlo, adorarlo e imitarlo, sobre todo en el escándalo de la cruz

no hubieran explicado claramente su significado.

San Pablo preceptúa: «Deshaceos también vosotros de todo eso: ira, coraje, maldad, calumnias y groserías, ¡fuera de vuestra boca! ¡No os mintáis unos a otros!: os habéis despojado del hombre viejo, con sus obras, y os habéis revestido de la nueva condición que, mediante el conocimiento, se va renovando a imagen de su Creador». Por consiguiente, es necesario revestirse «de compasión entrañable, bondad, humildad, mansedumbre, paciencia» (Col 3, 8-10.12).

En efecto, el Señor lo quiere todo de aquellos a los que ama: la perfecta conformidad de vida a sus santas



Reproducción

Sagrado Corazón de Jesús - Colección privada

máximas, que se traduce en un completo anonadamiento y olvido de nosotros mismos, como afirma Santa Margarita en una de sus cartas.¹⁴

En suma, amoldar nuestra mentalidad al Sagrado Corazón de Jesús significa conocerlo, adorarlo e imitarlo en su integridad, sobre todo donde brilla con más intensidad, es decir, en el escándalo de la cruz. San Pablo no conocía cosa alguna, sino a «Jesucristo crucificado» (cf. 1 Cor 2, 2), y fue clavado místicamente con el Señor en el madero de la cruz (cf. Gál 2, 19). La misma actitud se nos pide a nosotros, porque «la cruz es el trono de los verdaderos amantes de Jesucristo».¹⁵ ♦

¹ Es lo que sostiene el célebre convertido Joris-Karl Huysmans (cf. *En route*. París: Tresse & Stock, 1895, pp. 341-342).

² Cf. BAINVEL, J. «Cœur Sacré de Jésus (dévotion au)». In: VACANT, Alfred; MANGENOT, Eugène (Dir.). *Dictionnaire de Théologie Catholique*. Paris: Letouzey et Ané, 1908, t. III, c. 303.

³ Cf. SAN BERNARDO DE CLARAVAL. *Sermones in Cantica*. Sermo 61, n.º 4: PL 183, 1072.

⁴ Cf. VANDENBROUCKE, François. *Storia della Spiritualità. Il Medioevo: XII-XVI se-*

⁵ *colo.* 3.^a ed. Bologna: EDB, 2013, t. v, p. 66.

⁶ Será de gran utilidad para esta reflexión la obra del P. María Bover, SJ, a quien remitimos al lector interesado en profundizar más sobre el asunto: *San Pablo, maestro de la vida espiritual*. 3.^a ed. Barcelona: Casals, 1955, pp. 283-317.

⁷ Cf. CÔTÉ, Julienne. *Cent mots-clés de la théologie de Paul*. Ottawa: Novalis, 2000, p. 84.

⁸ Cf. CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. «Devoção ao Sagrado Coração de Jesus». In: *Dr. Plinio*. São Paulo. Año XIV. N.º 155 (feb, 2011); p. 10.

⁹ BOVER, op. cit., p. 288.

¹⁰ SANTA MARGARITA MARÍA ALACOQUE. «Autobiografía». In: SÁENZ DE TEJADA, José María (Org.). *Vida y obras completas de Santa Margarita María Alacoque*. Quito: Jesús de la Misericordia, 2011, p. 142.

¹¹ SANTA MARGARITA MARÍA ALACOQUE. «Memoria escrita por orden de la M. Saumaise». In: SÁENZ DE TEJADA, op. cit., p. 172.

¹² SANTA MARGARITA MARÍA ALACOQUE. «Autobiografía», op. cit., p. 115.

¹³ SAN JUAN CRISÓSTOMO. «Homilías sobre la Carta a los Romanos». Homilia 32, n.º 24. In: *Comentário às cartas de*

São Paulo. São Paulo: Paulus, 2010, p. 530.

¹⁴ Cf. SANTA MARGARITA MARÍA ALACOQUE. «Carta 94. A la Hna. de la Barge, Moulins (octubre de 1688)». In: SÁENZ DE TEJADA, op. cit., p. 366.

¹⁵ Cf. SANTA MARGARITA MARÍA ALACOQUE. «Carta 109. A la M. M. F. Dubuysson, Moulins (22 de octubre de 1689)». In: SÁENZ DE TEJADA, op. cit., p. 398.

¹⁶ SANTA MARGARITA MARÍA ALACOQUE. «Carta 16. A la M. de Saumaise, Dijon (25 de agosto de 1682)». In: SÁENZ DE TEJADA, op. cit., p. 246.

«Hijo mío, dame tu corazón»

Horno ardiente de caridad, tan necesitado como dadivoso,
el Sagrado Corazón de Jesús espera de cada hombre por
Él redimido un «sí» a su llamamiento.



Hna. María Cecilia Lins Brandão Veas, EP



Uno de los movimientos más bellos de la naturaleza es el juego de las aguas en todo el universo. Las nubes las descargan sobre la tierra y, en unos sitios, riegan y fertilizan el suelo —haciendo germinar las plantas que decoran los paisajes y las que alimentan al hombre—; en otros, se solidifican en inmensos glaciares. Luego llega el estío y el sofocante calor forma el vapor: las nubes se condensan, se sucede nuevamente la lluvia, el rocío, la escarcha o la nieve. Es el perpetuo movimiento de un ser inanimado que sube en un estado y se precipita en otro. Se diría, humanizando a este mineral, que se trata de una permute inteligente, un intercambio de atributos, efecto que retorna a su causa como deber de gratitud.

¡Qué pálido símbolo de la relación que debería existir entre el Creador y la criatura! La naturaleza es dadivosa y obedece a las leyes de su fuerza motriz; el hombre, sin embargo, manchado por el egoísmo, tiende a cerrarse en sí mismo en lugar de hacer de su vida un continuo acto de alabanza, gratitud, restitución.

La creación y la Redención: obras del amor

La Providencia divina no podía darnos más pruebas de amor de las que ya nos ha dado: creó cielos y tierra, plantas, mares, ríos, manantiales, toda clase de cuadrúpedos, reptiles y aves; todas las criaturas nos sirven sin cesar, son para nosotros reflejos del Creador y nos garantizan la supervivencia. ¿Sólo eso? No.

«Con amor eterno te amé, por eso prolongué mi misericordia para contigo» (Jer 31, 3). Dios nos creó a su imagen y semejanza, nos dotó de potencias perfectas, entendimiento y

*Siendo la expresión
del amor divino, el
Verbo Encarnado
quiso hacer de cada
paso de su vida un
testimonio de su
insondable caridad*

voluntad, con un alma inmortal destinada a la bienaventuranza eterna.

No obstante, quiso entrar en contacto con nosotros de una forma más sensible, y «tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito, [...] para que el mundo se salve por Él» (Jn 3, 16-17). Su amor por la criatura amada rebosó del límite. Sí, Dios fue visto en la tierra y habitó entre los hombres.

El Verbo Encarnado no sólo vino para ser víctima expiatoria, ofreciendo su vida en rescate por nuestras faltas; de ser así, tal vez habría muerto con los niños inocentes inmolados por Herodes. Pero, siendo la expresión del amor divino, quiso hacer de cada paso de su vida un testimonio de su insondable caridad.

Durante treinta y tres años respiró nuestro aire, convivió con sus más allegados bajo el velo de la humanidad. Atrajo a sí a los Apóstoles, se compadeció de la multitud hambrienta, se enterñeció con los niños, lloró con Marta y María la muerte de su amigo Lázaro, alabó los corazones rectos, curó a los enfermos, arrancó almas del yugo del demonio, convirtió a los descarriados, fue en busca

del pecador, perdonó a todos con extrema misericordia y compasión; en fin, pasó por la tierra haciendo el bien (cf. Hch 10, 38).

¿Qué le falta al Corazón de Jesús?

«Sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo» (Jn 13, 1). Sí, había llegado el momento de alimentar el horno ardiente del divino amor con el leño de la cruz.

Lo que más le dolía al Sagrado Corazón durante la Pasión era constatar la falta de reconocimiento y la maldad humana. Y como no se le ahorró tormento alguno, el Padre permitió que su Unigénito sufriera en manos de toda clase de hombres: fue perseguido por el rey Herodes, juzgado por el gobernador Pilato, traicionado por uno de sus discípulos, abandonado por los Apóstoles, odiado y perseguido por pontífices, escribas y fariseos; fue ultrajado por gentiles, condenado por su propio pueblo; crucificado por soldados y, finalmente, injuriado por un vil ladrón, compañero de patíbulo.

¿Dónde estaba en ese momento auge la multitud que acudía a sus predicaciones y que tanto se había beneficiado con todo tipo de prodigios y portentos? ¿Dónde estaban los enfermos curados, dónde, los muertos resucitados? ¿Dónde estaban, en fin, los que había liberado de las garras del demonio? Muchos formaron parte de la maldita muchedumbre que lo insultaba, agravándole los dolores de la Pasión...

El Señor esperaba encontrar en lo alto de la cruz corazones ardientes de amor filial, transidos de compasión. Pero... he aquí la ingratitud. Es verdad que allí estaba su Madre, y le bastaba. Sin embargo, ¡qué dolor no debió haber sentido el Corazón redentor, que vino a llamar a todos a la conversión, al verse inmerso en un abandono universal y recibiendo en pago la traición y la condena a la muerte más ignominiosa!

Deshecho en su figura humana, aún conservaba intactas sus cuerdas vocales; y aquella misma voz que le rogó a la samaritana «dame de beber» (Jn 4, 7), reclamaba el agua de la caridad que satisficiera tamaña ingratitud: «Tengo sed» (Jn 19, 28). Ansiaba la fidelidad amorosa de aquellos a quienes había llamado. Sumergido en el abandono, entregó su espíritu... Estaba consumada la Redención.

¡Locuras de amor, misterios de ingratitud!

«¿Merece o no merece ser amado por nosotros un Dios que para conquistar nuestro amor quiso pasar por tantos trabajos?»,¹ pondera San Al-

fonso María de Ligorio. En efecto, el Sagrado Corazón de Jesús, que siendo Dios domina todas las cosas y nos lo ha dado todo, posee una carencia que sólo puede ser suplida por nosotros, conforme las palabras a Santa Matilde de Hackeborn: «Lo tengo todo en profusión, excepto el corazón del hombre que tantas veces me huye...».²

¿Por dónde anda nuestro corazón cuando no está donde debería?

Como las cuerdas del arpa

Muchos males asolan nuestro siglo, pero ninguno parece ser tan misterioso e incurable como el tormento del corazón. Las criaturas no pueden satisfacerlo plenamente, ni siquiera el afecto carnal; los placeres, los honores mundanos, las glorias, las riquezas no provocan más que perturbaciones, aprensiones, quizás la desesperación que conduce a los homicidios...

En realidad, en este cuadro aparentemente trágico no hay misterios. El corazón humano tiene una imperiosa necesidad de estar unido al del Señor, pues entre ambos existen profundas afinidades que se remontan a la creación.³

Como era el Primogénito de Dios «todo fue creado por Él y para Él» (Col 1, 16). De este modo, se puede conjutar que al plasmar el corazón humano el Verbo lo haya hecho con extremos de cuidado y cariño, dotándolo de emociones, sentimientos y necesidades que Él mismo anhelaría experimentar al encarnarse.

En ese corazón, «incrustó aspiraciones tan profundas, de las que sólo su divino Corazón podría hacerse eco y calmarlas plenamente. El Corazón de Jesús y el del hombre se convirtieron así en dos cuerdas de un arpa armoniosamente afinadas para vibrar juntas, y tan delicadamente unidas entre sí que la vibración de una de ellas provocaría en el mismo instante un sonido correspondiente en la otra».⁴

Así pues, si el Corazón de Jesús anhela el nuestro y si nuestro corazón

«El Corazón de Jesús y el del hombre se convirtieron así en dos cuerdas de un arpa armoniosamente afinadas para vibrar juntas»



Ángel arpista, de Gherardo Starnina - Museo Boijmans Van Beuningen, Rotterdam (Países Bajos). En la página anterior, Sagrado Corazón de Jesús - Basílica de Nuestra Señora del Rosario de Fátima, Cotia (Brasil)

tiene necesidad de Él, la solución lógica de tal carencia es inevitablemente entregarnos a Él sin reservas, no sólo por un deber de justicia —«amor con amor se paga»—, sino para cumplir este insondable designio divino.

Entrega, devoción... ¿en qué consisten?

Dos movimientos caracterizan las pulsaciones del corazón como órgano vital: la sístole y la diástole. Al mismo tiempo que recibe la sangre, la hace circular por todo el organismo; si, por el contrario, no bombea y únicamente recibe, provocará la muerte del cuerpo que anima. Por eso, para que la vitalidad sobrenatural en nosotros sea completa es menester una donación constante a Dios. Ya lo hemos recibido todo, nos falta dar. Ahora bien, en concreto, ¿qué necesitamos darle al Corazón de Jesús?

Cuando le tributamos afecto a alguien, lo mínimo que nos toca hacer es no causarle disgustos. Por lo tanto, si pretendemos amar a Jesús, no podemos ser sólo almas ricas en ejercicios de piedad exteriores y meramente sentimentales. Sin duda, al Señor le agrada que lo alabemos a

través del culto, de las oraciones vocales y de las ceremonias; a fin de cuentas, Él también alababa al Padre cuando rezaba delante de sus discípulos. No obstante, el Redentor tiene, sobre todo, sed de poseer nuestro corazón.

Al igual que la fe, la caridad debe traducirse en obras. Así lo enseñó el Señor: «Si me amáis, guardaréis mis mandamientos» (Jn 14, 15).

«¡Yo guardo los mandamientos! —dirá uno—. No mato, no robo, rezó todos los días»... Hay muchas almas que restringen a algunos cuantos preceptos diarios la práctica de los diez mandamientos, pero que «no emplean

el mínimo esfuerzo para reprimir las malas inclinaciones, destruir los hábitos viciosos, evitar las ocasiones de pecado; que lo abandonan todo cuando llega la tentación, que murmuran en cuanto se presentan contrariedades y contradicciones. En ellas el amor afectivo está lleno de ilusiones, es una hoguera de paja que no perdura, que se deshace en cenizas».⁵

La verdadera devoción —expresada en la etimología derivada del latín *devovere*, es decir, *dedicarse*— es aquella que nos conduce a consagrarnos enteramente al servicio de Dios, sin reservarnos nada para nuestro egoísmo. «Necesito corazones que amen, almas que reparen, víctimas que se inmolen..., pero sobre todo, almas que se abandonen», declaró el Señor a sor Josefa Menéndez.

Querido lector, al concluir estas líneas, piensa que en este momento Jesucristo está delante de ti, con el Corazón ardiente en llamas y llamándote: «Hijo mío, dame tu corazón» (Prov 23, 26). Dios quiere convivir contigo y, como otrora a Adán, te pregunta: «¿Dónde estás?» (Gén 3, 9). O también, como a San Pedro: «¿Me amas?» (Jn 21, 15).

*La verdadera devoción
es aquella que nos
conduce a consagrarnos
enteramente al
servicio de Dios,
entregándole
nuestro corazón*



Juan Carlos Villagomez

Nuestra Señora de los Corazones - Monasterio de Santa Clara, Quito

Consagración al Sagrado Corazón de Jesús

Yo, N..., me entrego y consagro al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, mi persona y mi vida, mis acciones, penas y sufrimientos, para no servirme de ninguna parte de mi ser sino para amarlo, honrarlo y glorificarlo.

Ésta es mi voluntad irrevocable, la de ser todo suyo y hacerlo todo por su amor, renunciando de todo corazón a todo lo que pueda disgustarle.

Os tomo, pues, ¡oh, Sagrado Corazón!, por el único objeto de mi amor, protector de mi vida, garantía de mi salvación, remedio de mi fragilidad y de mi inconstancia, reparador de todos los defectos de mi vida y mi asilo en la hora de mi muerte.

Sed, por tanto, ¡Oh, Corazón de bondad!, mi justificación para con Dios vuestro Padre, y alejad de mí los rayos de su justa cólera.

¡Oh, Corazón de amor!, pongo toda mi confianza en Vos, pues todo lo temo de mi malicia y de mi debilidad, pero lo espero todo de vuestra bondad.

Así que extinguid en mí todo lo que os pueda desagradar o resistir, y que vuestro puro amor se imprima con tanta presteza en mi corazón que no pueda jamás olvidaros, ni estar separado de Vos.

Os suplico, por vuestra bondad, que mi nombre sea escrito en Vos, pues quiero hacer consistir mi gloria en vivir y morir en calidad de esclavo vuestro. Así sea.

Oración compuesta por Santa Margarita María Alacoque



Gustavo Kralj

Aparición del Sagrado Corazón de Jesús a
Santa Margarita María Alacoque -
Iglesia de San Pedro, Lima

¿Qué le responderás?

Alma frágil, no temas; Él es tu Padre, tu Señor, tu Creador y Redentor. No te resistas, entrégale tu corazón en una actitud de abandono filial, sabiendo que Él proveerá a todas tus necesidades. Lucha por Él contra el pecado, renuncia a los placeres mundanos, inmólante en sacrificio por la expansión de su reinado por toda la tierra. Cuando

dejes este mundo verás entonces cuán magnífico fue el camino que escogiste: no la vereda florida, libre de espinas y mentirosa, sino la senda de la abnegación, del sacrificio, de la cruz y, por tanto, la vía del perdón, mil veces bendita, que te conducirá al Paraíso.

Pidámosle al Inmaculado Corazón de María que nos introduzca definitivamente en el Sagrado Corazón de su

divino Hijo y que prepare en nuestro corazón un trono para que allí reine su amado Jesús.

Si un gran número de almas están dispuestas a tal empresa, tengamos la certeza de que ya empezaron a sonar las primeras melodías de una era nueva, mariana y celestial, donde todos los corazones serán uno solo con Jesús y María. ♦

¹ SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO. *Práctica de amor a Jesucristo*. Sevilla: Apostolado Mariano, 2001, p.49.

² GRANGER, OSB. *O amor do Sagrado Coração explicado*

segundo os escritos de Santa Mechtilde. Belo Horizonte: Divina Misericórdia, 2017, pp.85-86.

³ Cf. SCHRIJVERS, José. *O Divino Amigo*. 2.ªed. São Paulo: Cultor de Livros, 2017, p. 395.

⁴ Ídem, p. 134.

⁵ MARMION, Columba. *Jesus Cristo nos seus mistérios*.

São Paulo: Cultor de Livros, 2017, p. 395.

⁶ SOR JOSEFA MENÉNDEZ. *Un llamamiento al amor*. México: Patria, 1949, p. 162.

Abismo de todas las virtudes

Para que seamos verdaderos devotos del Sagrado Corazón de Jesús no basta con conocer y amar solamente uno de sus aspectos; es necesario que tengamos una visión de todo el conjunto de virtudes que Él representa.

✉ Plinio Corrêa de Oliveira



Encontrándome en la contingencia de discurrir sobre un tema tan querido, la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, mi forma de ser me llevaría a tratar de estudiar, pensar y meditar al respecto hasta conocer todo lo posible acerca del asunto. En mi opinión, así debe ser también el amor: constituido del máximo sentimiento, pero también de raciocinio, a través del cual buscamos entender al máximo lo que sentimos. De la suma de estos factores resulta el verdadero amor.

Sin embargo, los deberes de mi apostolado no me permiten actuar de acuerdo con este principio, al menos no tanto como me gustaría. Entonces, aunque no haya podido estudiar el tema en profundidad, siempre hay algo que uno sabe y, por eso, propongo que entremos en materia valiéndonos, principalmente, de lo que sentimos con relación a esta devoción.

Dos concepciones entorno al corazón

En primer lugar, me gustaría analizar dos concepciones distintas, pero no contrarias, con respecto a lo que el corazón representa.

Una es la concepción moderna, según la cual el corazón simboliza el sentimiento puro, divorciado de la razón. Desde esta visualización, el corazón de uno mismo debe vibrar al ver algo que le causa buena impresión,

enternecimiento, y produce un sentimiento de bondad y condescendencia.

Algo así me pasa a mí, por ejemplo, siempre que veo la imagen del Sagrado Corazón de Jesús que está en una iglesia de la ciudad de São Paulo dedicada a Él. Cuando veo esa imagen me acuerdo de una serie de emociones de carácter religioso que tuve frente a ella, las cuales, por supuesto, de ningún modo considero malas. Pero pregunto: ¿acaso el corazón representa solamente eso?

Debemos considerar que los antiguos entendían el corazón en un sentido más profundo: para ellos el corazón representaba el conjunto de todo lo que el hombre conoce y ama. Con un amor, no obstante, según la concepción que indiqué más arriba, es decir, sintiendo, raciocinando, pensando y, conforme el caso, admirando y amando. Todo lo que el hombre ama así, constituye un conjunto que forma la mentalidad del hombre, la cual está representada por el corazón.

Considerada bajo este prisma, la devoción al Sagrado Corazón de Jesús adquiere una profundidad insondable.

Diversos aspectos de una misma escena

Imaginemos cómo amaría a Nuestro Señor Jesucristo alguien que lo hubiera conocido durante su vida terrena, hasta el punto de saber reconocer el majestuoso y suave timbre de su voz.

Consideremos que esta persona hubiera visto una mirada suya, llena de bondad y misericordia, dirigida a alguien y que, por otro lado, lo hubiera contemplado azotando a los mercaderes del Templo o respondiendo a los guardias del Templo: «*Ego sum*» (Jn 18, 5), cayendo todos al suelo. Creo que si yo fuera pintor sería capaz de hacer por lo menos unos cincuenta cuadros representando diferentes aspectos que debieron trasparecer en Él en aquel momento.

Lo mismo se podría hacer con respecto a la escena en que, desde lo alto de la cruz, entre gemidos le dijo a su Madre: «Mujer, ahí tienes a tu hijo», y luego al apóstol San Juan: «Ahí tienes a tu Madre» (Jn 19, 26-27). ¿Con qué fisonomía habrá dicho Jesús esto? O bien, cuando le afirmó al buen ladrón: «Hoy estarás conmigo en el Paraíso» (Lc 23, 43). En este episodio hay que considerar no sólo sus palabras al buen ladrón, sino también su gélido silencio hacia el mal ladrón. ¡Cuánta expresividad tiene el silencio de una persona como Nuestro Señor Jesucristo!

Pues bien, si me fuera dada la gracia de presenciar todo esto, creo que, a pesar de mi empeño por conocer las mentalidades, me olvidaría de todo para prestar atención sólo en Él. Evidentemente, también en la Santísima Virgen y un poco en los Apóstoles; aparte de ellos, nadie más. Ante todo, habría tratado de conocer a Nuestro Señor tanto

como me fuera posible. No por querer controlarlo o por desconfianza, sino, al contrario, para poder amarlo y entregarme a Él cada vez más.

¿Cómo será la mentalidad de Nuestro Señor?

Asumida esta concepción del corazón podemos preguntarnos cómo debe ser la mentalidad de Cristo. La respuesta se presenta muy difícil, pues el tema es tan elevado que uno, estando abajo, tiene miedo de subir. Por otra parte, cuando se llega arriba no dan ganas de bajar.

Si consideramos la naturaleza humana del Señor podemos tratar de explicar alguna cosa, porque con respecto a la divinidad el asunto alcanza tal altura que se vuelve imposible para el hombre abarcarlo.

La fe nos enseña que Jesucristo es el Verbo de Dios encarnado que vino a habitar entre los hombres. En su Persona la naturaleza humana y la divina se unen hipostáticamente, de una manera insuperable e inalcanzable para cualquier criatura humana. Ni siquiera la Virgen, a quien creo que se le dio el don de la permanencia eucarística, pudo llegar a una unión con Dios comparable a la de la naturaleza humana de Jesús.

La relación entre la humanidad y la divinidad en la Persona del Verbo es algo tan extraordinario que San Luis, rey de Francia, tenía la hermosa costumbre, después adoptada por toda la Iglesia, de inclinarse cuando durante el credo se decía: *Et Verbum caro factum est et habitavit in nobis.*

La alegría más grande y el más terrible sufrimiento

¿Qué alegría no debía producir tal unión en la naturaleza humana de Jesús? Sin considerar su divinidad, por la cual Cristo es la propia fuente de toda alegría.

A pesar de ello, por algún misterio, durante la oración en el huerto esa alegría parece haber dado paso a una



Mario Shinoda

El Dr. Plinio a principios de la década de 1980

Considerando el corazón como la representación de todo lo que el hombre conoce y ama, ¿cómo debe ser el Sagrado Corazón de Jesús?

terrible sensación de abandono, que lo llevó a pedir: «Padre, siquieres, aparta de mí este cáliz» (Lc 22, 42).

Aún más elocuente es el grito lanzado de lo alto de la cruz: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mc 15, 34). ¿Qué pasó en aquel momento con esa unión de la naturaleza humana y la divina que pudo causarle un sentimiento tan grande que lo llevó, poco después, a decir: «Consummatum est» (Jn 19, 30) y entregar su espíritu?

Vemos que, a pesar de la unión de la naturaleza humana del Señor con la divina, sufrió. Y debido a cierto equilibrio que en esta vida suele existir entre la felicidad y el dolor, considerando las alegrías de Jesús podemos medir cuán profundos debieron ser sus padecimientos.

Creo que uno de los sufrimientos más desgarradores por los que Cristo pasó fue el de lo inexplicable, pues ningún dolor humano es tan grande como el de sufrir sin saber el motivo. A pesar de que el Señor, en cuanto Dios, lo conoce todo y sabía que no era susceptible de culpa, de una manera misteriosa debió haber sentido esa forma de dolor, de lo contrario su sufrimiento no habría sido completo.

Tengo la impresión de que así como Dios, después de crear cada ser que existe en el universo, consideró el conjunto y vio que éste era mejor que las partes (cf. Gén 1, 31), de modo análogo el Señor, tras haber pasado por todos los tormentos de la Pasión, debió haber visto la belleza del conjunto de sus padecimientos y pensado: «Todo ha sido ofrecido; todo cuanto podía sufrir lo he sufrido, para la redención del género humano». Y entonces exclamó: *Consummatum est.*

Mentalidad compuesta de contrarios armónicos

Ahora bien, es necesario tener en cuenta estos aspectos de grandeza y fortaleza de alma que vemos traslucir en los últimos acontecimientos de la Pasión del divino Redentor cuando analizamos cada momento de su vida terrena. En efecto, aquel que sufrió una muerte como esa, es el mismo que aca-



Escenas de la vida del Señor, de Giotto di Bondone - Capilla de los Scrovegni, Padua (Italia).
De izquierda a derecha: la presentación del Niño Jesús, la expulsión de los mercaderes del Templo, camino del Calvario

Fotos: Gustavo Kralj

¿Cómo conjugar en una sola visión al varón tan fuerte que se ve en la Sábana Santa, con el Niño Jesús recién nacido, extendiendo sus brazos?

rició a los niños cuando se aproximaron a Él y de quienes decía: «Dejad que los niños se acerquen a mí, pues de los que son como ellos es el Reino de Dios» (Mc 10, 14). No hay hombre, de la edad que sea, que al oír estas palabras no se sienta concernido en ellas —pues, ante el Señor, ¿quién no se ve pequeño?— y piense: «Entonces, también para mí hay un sitio junto a Jesús».

Debemos considerar que estas palabras rebosantes de dulzura salieron de los labios de aquel que durante la Pasión mostró que poseía una inigualable fuerza y decisión.

Pero ¿cómo puede el alma humana reunir en una sola imagen todos estos aspectos de manera que, viendo al Señor, lo considere como aquel que expulsó a los mercaderes del Tem-

po y al mismo tiempo vea en Él al Maestro que con indecible bondad acariciaba a los niños, curaba a los enfermos, esparría en torno suyo alegría, consuelo, tranquilidad, salud y encanto? Más aún, ¿cómo conjugar en una sola visión al varón tan fuerte, único e incomparable que se ve en la Sábana Santa, con el Niño Jesús recién nacido, abriendo los brazos y sonriéndole a la Virgen?

Aunque ya al extender los brazos los pusiera en forma de cruz, prenunciando que nacía para ser crucificado, ¿cómo alguien iba a imaginar que en aquel niño, cándido, inocente y frágil estaba ya el héroe que iría a soportar los más terribles padecimientos que jamás se hayan visto y se verán hasta el fin del mundo?

Males de una visión unilateral

¿Cómo condensar, entonces, todas estas perfecciones del Hombre-Dios en una única visión?

Son tantas que nos vemos inclinados a contentarnos con la consideración solamente de una de ellas. De hecho, cada uno lo adora de la forma que se siente llamado a hacerlo, pero en mi caso particular, por mi forma de ser, nunca me satisfaría adorarlo en uno solo de esos aspectos sin tratar de unirlo a los otros, de modo que cons-

tituyera, aunque sumariamente, una noción de conjunto.

Por lo tanto, si hubiera podido conocerlo en esta vida, lo que más me habría gustado admirar en Él serían las transiciones de sus estados de espíritu, para que en esas variaciones pudiera ver yo la armonía que ellas formaban.

En el techo de la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús¹ hay una pintura al estilo del siglo XIX, que tiene la característica, proveniente de una tendencia de los hombres de ese siglo, de representar las cosas exactamente como son en la realidad. De ahí surgió la escuela de arte llamada Realismo. Esto para mí no es verdadero arte, pues el valor de una obra radica en reproducir algo de lo imponderable que sólo captan los ojos de los auténticos observadores.

Si reproducir las cosas tal y como las vemos tiene valor artístico, la más perfecta de las artes debería ser la fotografía. Ahora bien, la mayor laguna tanto del Realismo como de la fotografía está en que no retrata las transiciones de alma a las que me he referido antes. Por eso, en los cuadros de Jesús que siguen esa escuela, se nota que el artista escogió un único aspecto suyo y trató de representarlo. Y en general se busca representar la misericordia infinita del Señor, lo cual, a pesar de muy justo, es incompleto.

En las letanías del Corazón de Jesús se encuentra la siguiente advocación: Corazón de Jesús, abismo de todas las virtudes. Esto quiere decir que la profundidad de sus virtudes es tal que constituye un abismo para los hombres. Incluso podríamos llamarlo «cielo de todas las virtudes», considerando el cielo como abismo hacia arriba.

Pintando bellezas olvidadas

Cómo sería hermoso que alguien pintara cuadros que representasen otros episodios de la vida de Cristo. Por ejemplo, su meditación en el desierto cuando pasó allí cuarenta días en ayuno y oración. Hasta nos lo podríamos imaginar junto a una piedra, en medio de un paisaje árido, donde solamente hubiera una vegetación ordinaria y escasa, en contraste con la grandeza de esa escena; a lo lejos, extensiones cubiertas de una bonita arena que se encuentra con el horizonte, en el cual se puede ver un atardecer color brasa, recortado por el perfil de Jesús.

O también se podría hacer un cuadro de Cristo agrandando a la Virgen. Si Él ya se había deleitado en la observación del universo, ¡cuánto no le habría gustado contemplar a aquella que era superior a todo el universo! Representarlo entonces mirándole a los ojos a María Santísima, y Ella llena de admiración para con Jesús. Él, por su parte, como Creador, piensa: «¡Es mi obra maestral!»; y como Hijo: «¡Es mi Madre! ¡Qué perfección!».

¿Qué no daríamos a cambio de contemplar una escena como esta, aunque fuera por el agujero de una cerradura? Después de verla, ¿para qué seguir viviendo? Porque si alguien me dijera: «Mire el mar, ¡qué bonito!», yo, que tanto me gusta el mar, pensaría: «¿Qué hay que ver en el mar después de haber visto a María?».

En fin, cómo desearía que se buscara representar todos sus estados de espíritu, pues no me contento con adorar y adherir solamente a su misericordia.

Consideración de todo lo que hace palpitar y vibrar el Sagrado Corazón de Jesús

Además, otra cosa que me gustaría hacer sería una colección de todos los timbres de voz del Señor, por ejemplo, mientras enseñaba. Siendo el divino Maestro, ¡cuánta claridad, sabiduría, profundidad, amplitud de horizontes y sencillez debían traslucir en su timbre de voz!

Quizá incluso más que los timbres de voz, ¿qué no se daría para tener la representación de algunas miradas de Jesús? Por mencionar tan sólo dos. ¿Cómo fue la mirada que le dirigió a San Pedro, hasta el punto de convertirlo y hacerle llorar amargamente de arrepentimiento durante toda su vida? O bien la última mirada a su Madre al pie de la cruz. ¡Cuánto cariño, aprecio y amor debieron haberse manifestado en esa mirada! Por otra parte, ¿cómo habrá sido su severa mirada para con los mercaderes al expulsarlos del Templo; o su disgustada mirada hacia Pilato; o bien su mirada de repremisión para con Anás y Caifás?

Todo este conjunto está contenido en el Sagrado Corazón de Jesús, en el cual repercutió de tal forma que, en cada uno de esos varios momentos, debe haber latido de manera diferente, ora más intensamente, ora menos.

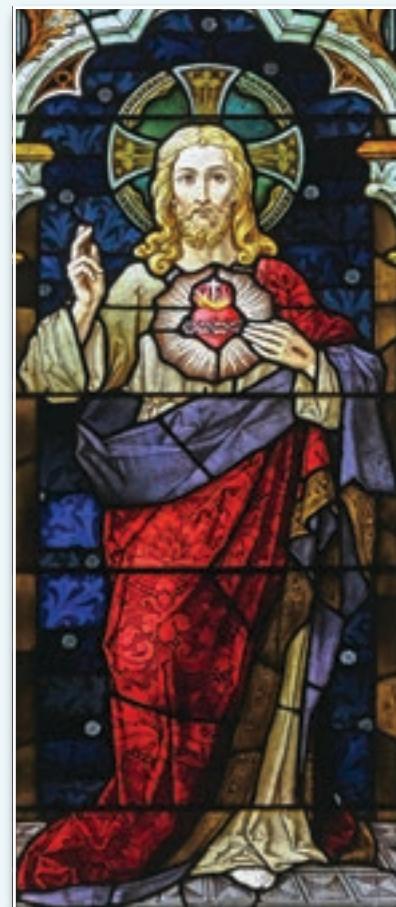
Por consiguiente, para que tengamos verdadera devoción al Sagrado Corazón de Jesús no basta conocer y amar solamente uno de estos aspec-

Amar al Sagrado Corazón de Jesús por completo significa adorar y adherir al conjunto de virtudes y estados de espíritu que Él reúne en sí

tos, sino que es necesario tener una visión de todo el conjunto que Él representa. Esto, por supuesto, nadie puede lograrlo sin un auxilio especial de la gracia. No obstante, para los que anhelan y se esfuerzan por conocer y amar cuanto sea posible este magnífico, indecible e inestimable conjunto, en cierto momento tal gracia les llegará. ♦

Extraído, con adaptaciones, de:
Dr. Plinio. São Paulo. Año XIV.
N.º 155 (feb, 2011); pp. 10-15.

¹ Santuario localizado en el barrio de Higienópolis, de São Paulo.



Sagrado Corazón de Jesús - Iglesia de los Santos Simón y Judas, Deidesfeld (Alemania)

Thomas Hummel (CC by-sa 4.0)

Desde niña, conquistada por el amor divino

Patrona de Bélgica, Santa Lutgarda fue agraciada con un místico intercambio de corazones con el Señor. Confirmada así en la certeza del amor que Jesús le tenía, se convirtió, a partir de entonces, en una llama viva de caridad.

✉ Bruna Almeida Piva



Fn el lejano año de 1182, en el seno de una familia burguesa de la ciudad belga de Tongres, nacía una niña de mirada viva y brillante, a la que bautizaron con el nombre de Lutgarda.

En el despuntar de su personalidad ya mostraba una notable apetencia por la vida sobrenatural y un sentido casi experimental de la presencia de Dios, a los que mezcló, no obstante, un vivo gusto por los placeres de la vanidad mundana y de las amistades humanas. Al mismo tiempo que se sentía atraída por santos pensamientos, se deleitaba usando vestidos que realzasen su belleza, que en verdad era excepcional.

Sin embargo, no era más que la sed subconsciente que tenía de lo infinito, que tan sólo podría ser saciada por Dios. Su corazón ansiaba el amor divino, sin saber exactamente en qué consistía ni cómo alcanzarlo. Y permaneció en esa volubilidad hasta que la misericordia divina se dignó acudir en socorro de su miseria.

De un precoz noviazgo a la vida religiosa

El padre de Lutgarda, hombre de negocios, ambicionaba un promete-

dor futuro mundano para su hija. Por eso le preparó, incluso antes de que cumpliera los 12 años, un matrimonio económicamente muy ventajoso, en función del cual reunió una rica dote. Pero el preciado caudal con tanto esmero acumulado se perdió en el fondo del mar a causa del naufragio del barco que lo transportaba...

Sin posibilidad de recaudar una nueva dote, el codicioso comerciante apeló a su esposa, que poseía bienes propios, rogándole que salvara el provechoso matrimonio de su hija. Ella, por su parte, como era una mujer piadosa, ya había discernido algo del designio sobrenatural que rondaba a

Por voluntad de su madre, Lutgarda ingresó en el monasterio benedictino, sin imaginar que ahí encontraría lo que tanto ansiaba y buscaba

la muchacha, y se negó a ceder su herencia a no ser que fuera para que ingresara en un convento. «Sin rodeos, le declaró a su hijita que si quería convertirse en esposa de Cristo tendría una dote. De lo contrario, “tendría que casarse con un arriero”».

Al final, se hizo la voluntad de su madre y Lutgarda entró en el monasterio benedictino de Santa Catalina de Saint Trond, como una especie de postulante, donde comenzó a recibir instrucción y participar en los ejercicios de la comunidad, aunque sin mucho entusiasmo por la vida religiosa.

Una amistad peligrosa

Ahora bien, la comunidad a la que se había unido —al igual, lamentablemente, que otras de la Orden de San Benito por entonces— estaba alejada de su fervor primero y de la fiel observancia de la regla... Aprovechándose de esta situación, un joven que se había quedado encantado con la belleza de Lutgarda empezó a hacerle frecuentes visitas en el monasterio. Ambos pasaban largas horas en el locutorio en conversaciones mundanas y sentimentales y, lejos de ser reprendidos, eran imitados por varias personas más del convento.

Este mal comportamiento, no obstante, fue el detonante que la Providencia esperaba para intervenir de forma definitiva en la vida de la joven. En uno de esos peligrosos encuentros, como más tarde a la gran Teresa de Jesús, el propio Cristo se le apareció, flamígero, ante ella. Indicándole a esa mirada asombrada su costado atravesado por una lanza, le dijo: «No busques más el placer de esta afección que no te conviene. He aquí, para siempre, lo que debes amar y cómo debes amar; aquí, en esta llaga, te prometo las alegrías más puras». Lutgarda se llenó de temor y de amor y, despertada de su desvarío, le increpó a su amigo: «Aléjate de mí, señuelo de la muerte, alimento del crimen; a otro amor pertenezco».

En esta ocasión, Lutgarda descubrió, finalmente, el misterioso objeto de sus deseos. Aquello que tanto anhelaba y que buscaba a tientas, ahora se le estaba dando a conocer. Su alma, exultante de alegría, podría por fin exclarar como la esposa del Cantar de los cantares: «Encontré al amor de mi alma» (Cant 3, 4).

Liberada de todo afecto mundano, decidió encaminarse hacia la santidad y, desafiando las costumbres relajadas de su monasterio, se impuso voluntariamente una rutina de clausura y soledad, con el propósito de unirse a su nuevo amor y conocerlo de cerca.

Como suele ocurrirle a las almas justas, sus compañeras no tardaron en indignarse con ella al percibir en su cambio de actitud una censura al relajamiento común. El aislamiento, las tentaciones y las pruebas comenzaron a circundar su alma. Pero Lutgarda siguió progresando en el fervor y en la vida de oración.

«¡Quiero tu Corazón!»

Su especial intimidad con el Señor le permitió adoptar una actitud que pocos se atreverían a imitar.

Habiendo sido favorecida con el don de curar cualquier mínima mo-

lestia de quienes acudían a ella, cierto día se cansó de estar todo el tiempo ocupada en este oficio y de perder por ello sus momentos de oración. Entonces se quejó a Jesús:

—Señor, ¿por qué me diste tal gracia? Ahora, apenas tengo tiempo para estar contigo. Te pido que te la lleves. Dame, no obstante, otra gracia, dame algo mejor.

—¿Qué gracia quieres que te dé a cambio? —le preguntó Jesús.

Como miembro del coro, Lutgarda pensó que leería más útil poseer una capacidad milagrosa para entender el latín y así poder recitar los salmos con más devoción. Y, de hecho, obtuvo el cambio deseado. Sin embargo, enseñada volvió a sentirse completamente frustrada... Las nuevas luces que comenzó a tener con respecto al oficio no le llenaban el alma.

Detrás de todo esto estaba, sin duda, la mano de la Providencia que, con sabia y afectuosa enseñanza, le revelaba al corazón de aquella religiosa lo que realmente necesitaba. Una vez más se dirigió al Redentor, reconociendo que estas intuiciones sólo servían para entorpecer su devoción, en lugar de estimularla.

Jesús le preguntó:

—Entonces, ¿qué quieres?

—Señor, quiero tu Corazón. —le contestó ella.

—¿Quieres mi Corazón? —le dijo el Señor—. Soy yo el que quiere el tuyo.

A lo que Lutgarda le respondió:

—Tómalo, mi amado Señor; pero tómalo de tal manera que por amor de tu Corazón, estrechamente unido al mío, sólo posea mi corazón en ti, a fin de que permanezca para siempre seguro, bajo tu protección.



Santa Lutgarda intercambia su corazón con Jesús - Abadía de Santa Godeleva, Brujas (Bélgica)

Entre Cristo y Lutgarda se obró el místico intercambio que se produciría también en la vida de algunas santas devotas del Sagrado Corazón

Lutgarda, entonces, recibió de Cristo una nueva vida. Él le mostró su propio Corazón atravesado, fuente de toda gracia, de todo amor y de todas las delicias y la unió a Él, dándole su propio Corazón, a cambio del de ella. Se produjo ahí, entre Cristo y ella, el místico intercambio que, más tarde, sucedería también en la vida de algunas santas devotas del Sagrado Corazón de Jesús, como Santa Gertrudis, Santa Matilde de Hackeborn y Santa Margarita María Alacoque.

En ese momento el amor divino que había comenzado a atraer a Lutgarda desde pequeña se entregó a ella por completo. Y el corazón de la joven religiosa, confirmado para siempre en la certeza de la infinita dilección que Jesús le tenía, se convirtió definitivamente en una llama viva de caridad.

Marcha hacia Aywières

A partir de entonces, Lutgarda intensificó su vida de oración, penitencia y celo por el cumplimiento de la regla, lo que provocó que aumentara la incomprendión de varias de sus hermanas de hábito. Sin embargo, después de nueve años pasados en esa comunidad, el brillo de sus virtudes acabó ofuscando la mezquindad de muchos espíritus, y las religiosas optaron por elegirla para el cargo de priora. Lutgarda tenía tan sólo 23 años.

Ahora bien, el nuevo cargo le pareció un auténtico desastre... Sentía que no podría cumplir con su llamamiento a la contemplación estando a la cabeza de una comunidad. Sus atenciones, pues, se volcaron en los austeros monasterios cistercienses que florecían en los Países Bajos.

El nuevo estilo de vida abrazado en esos cenobios no se distinguía únicamente por las severas mortificaciones y penitencias, sino, ante todo, favorecía de forma muy especial la contemplación mística y la perfec-

ta unión con Dios. Atraída por esto, Lutgarda buscó el consejo de un sabio predicador de Lieja, llamado Juan de Lierre, quien le recomendó que renunciara al cargo de superiora y dejara su orden para ingresar en el recién fundado monasterio cisterciense de Aywières, situado en Brabante.

Lutgarda titubeó, pues la lengua que se hablaba en esa región era el francés y le sería imposible comprender a sus superioras y a los directores

espirituales. Prefería la comunidad de Herkenrode, situada en su propia patria, a tan sólo unos kilómetros de Saint Trond. Pero el divino Redentor intervino en su decisión, diciéndole sencillamente: «Es mi voluntad que vayas a Aywières, y si no fueras, no tendrás nada más que ver contigo».

La monja marchó hacia su nuevo destino, sin consultárselo a su comunidad. En aquel hermoso y recogido ambiente al sudoeste de Bruselas, detrás de las sagradas paredes del monasterio cisterciense, encontró lo que tanto deseaba.

Refugio de los afligidos y de los pecadores

Numerosas fueron las gracias místicas recibidas por Santa Lutgarda a lo largo de su vida monacal. Sin embargo, es mejor narrar en la brevedad de un artículo los frutos de esas gracias que éstas en sí mismas, que poco o nada valdrían si no redundaran en auténticas obras de virtud.

El principal efecto de estos favores celestiales en el alma de Lutgarda, sobre todo de aquel sublime intercambio de razones con el Salvador, fue infundirle una experiencia profundísima de la predilección que Dios le tenía y, en consecuencia, del amor que Él les brindaba a los hombres.

Así pues, sin abandonar su reconocimiento y sus quehaceres, la religiosa se convirtió en la abogada de los pecadores y madre de todos los que tenían alguna necesidad espiritual, como más tarde atestiguaría la Beata María de Oignies en su lecho de muerte: «No hay en este mundo nadie más fiel al Señor que la Madre Lutgarda y nadie cuyas oraciones tengan más poder para liberar a las almas del purgatorio. Ni hay quien, aquí en la tierra, posea más eficacia en obtener gracia para los pecadores».²

Tampoco había nadie que poseyera mayor generosidad que la de ella



Detalle de la imagen del Sagrado Corazón - Basílica de Nuestra Señora del Rosario de Fátima, Cotia (Brasil)

Los favores celestiales recibidos le infundieron una profunda experiencia del amor del Sagrado Corazón por ella y por todos los hombres

en abrazar las dificultades y dolores de las otras hermanas. Cierta día, una religiosa llamada Hespelende, fuertemente oprimida por diversas tentaciones y ya al borde de la desesperación, buscó a Lutgarda y le imploró sus oraciones, a lo cual la santa respondió inmediatamente, con increíble fervor. La desvalida monja enseñada recibió la revelación de que en la ceremonia de Viernes Santo, durante la adoración del Santo Leño, las tentaciones la dejarían y su alma sería reconfortada por la gracia, lo que de hecho ocurrió.

Fuerte contra Dios

Otra demostración impresionante de su celo por las almas tuvo lugar al final de su vida. Con la salud bastante debilitada por diversas enfermedades y completamente ciega desde hacía nueve años, Lutgarda fue visitada por un antiguo amigo que vivía en el mundo. Le contó en confianza que había caído en pecado y aun después de haberse arrepentido y confesado, no lograba recobrar la paz y vivía abatido y desconfiado del perdón divino.

Lutgarda importunó a los Cielos con fervorosas oraciones a su favor, sin éxito. No obstante, estos aparentes fracasos servían tan sólo para alimentar su fe, que terminó volviéndose santamente obstinada. Su alma ardiente empezó «a luchar con el Señor; y cuando vio, por fin, que Dios persistía en retener su misericordia, exclamó: «Pues bien, Señor, borra mi nombre del Libro de la vida o entonces perdónale a este hombre su pecado»».³

Tenía la seguridad de que Dios no tacharía su nombre; únicamente deseaba afirmarle al propio Jesús que su misericordia es siempre invencible. Y el Salvador, por su parte, se complacía oyendo las osadas súplicas y oraciones de su esposa: «He aquí que ya lo he perdonado, porque tuvo confianza en ti —le dijo el Señor a Santa Lutgarda—, y no solamente a él, sino a todos aque-

llos que esperan en ti, y a quienes amas, les manifestaré también mi bondad y mi amor».⁴

En 1245, su magnífica trayectoria de amor, marcada por numerosos sufrimientos, penitencias, virtudes e incluso milagros, llegó a su fin. El Redentor se le apareció en una reconfortante visión, diciéndole que en un año ella se marcharía de esta vida. Entonces le hizo tres peticiones: que diera gracias a Dios por todos los beneficios que había recibido, que se consumiera por completo en oraciones a favor de los pecadores ante el trono del Padre y que aspirara con el más intenso de los deseos a estar junto a Él para siempre. Habiéndose aplicado en ello con fidelidad, Lutgarda fallecía suavemente el 16 de junio de 1246.

Amor con amor se paga

Muchas enseñanzas aún se podrían contemplar en la vida —tan rica en detalles— de Santa Lutgarda. Sin embargo, en un único aspecto es necesario que todos los cristianos la imiten: en la docilidad con la que se dejó transformar por la fuerza del amor divino.

Sobre cada bautizado, el Dios de la infinita bondad derrama, a cada instante, torrentes de afecto. No obstante, como enseñaba el dulcísimo fundador de Lutgarda, «gran cosa es el amor, con tal de que vuelva a su origen y retorne a su principio, si se vacía en su fuente y en ella recupera siempre su copioso caudal».⁵ Ése será siempre el secreto de toda la felicidad y santidad de los justos.

Pidámosle a la santa cisterciense que, desde el esplendoroso trono de gloria donde se encuentra, nos obtenga del Sagrado Corazón de Jesús la gracia de amarlo por encima de todas las cosas y hasta los límites de nuestro ser. ♦



Reproducción

«Cristo se aparece a Santa Lutgarda», de Gaspar de Crayer - Convento de las Hermanas Negras Agustinas, Amberes (Bélgica)

Sobre cada uno, Dios derrama torrentes de afecto; imitemos la docilidad con la que Lutgarda se dejó transformar por la fuerza del amor divino

¹ Los diálogos reproducidos en este artículo han sido extraídos de la obra: MERTON, Thomas. *O que são estas chagas? A vida da mística cisterciense Santa Lutgarda de Aywières*. Campinas: Ecclesiæ, 2017.

² Idem, p.83.

³ Idem, p.205.

⁴ Idem, p.206.

⁵ SAN BERNARDO DE CLARAVAL. Sermones sobre el Cantar de los Cantares. Sermón 83, n.º 4. In: *Obras Completas*. Madrid: BAC, 1987, t. v, p. 1031.

Restos que proclaman la victoria de la fe

Una preciosa herencia, secundada por el dolor y la sangre, fue conquistada desde los comienzos de la Iglesia: la veneración de las reliquias de los santos, devoción que perdurará por siglos.

✉ Hna. Fernanda Cordeiro Fonseca, EP



Hojeando las páginas de *La leyenda dorada*, encontramos hechos de la vida de los santos que, aun careciendo de confirmación histórica, nos llevan a conocer la vida de los bienaventurados por su aspecto maravilloso, como se aprecia en el episodio narrado en estas líneas, el cual nos muestra los remotos orígenes de una de las devociones más arraigadas entre los católicos.

Dos columnas de la Iglesia, unidas hasta el martirio

«La paz sea contigo, joh, fundamento de todas las Iglesias y pastor universal de las ovejas y corderos de Cristo!». Al oír estas palabras en un momento tan desgarrador, San Pedro también le dirige al Apóstol de las gentes su fraterna despedida: «¡Que la paz te acompañe también a ti, predicador de las buenas costumbres, mediador de los justos y conductor de sus almas por los caminos de la salvación!». Ambos habían librado juntos la última batalla en la predicación del Evangelio contra el perfido mago Simón y ahora, tras el triunfo de la ortodoxia, se encaminaban hacia el mismo y glorioso final: el martirio, que tendría lugar el mismo día y hora, en Roma, por orden del emperador Nerón.

Al apóstol que más amaba le había sido reservada la crucifixión. Sus discípulos, deshechos en llanto, tuvieron

el consuelo de ver ángeles rodeando la cruz de donde colgaba cabeza abajo. Nuestro Señor Jesucristo se le apareció al jefe de la Iglesia y le entregó un libro, en el que San Pedro leyó las siguientes palabras: «Señor, yo he deseado imitarte; pero no me he considerado digno de ser crucificado en la posición en que a ti te crucificaron; porque tú siempre fuiste recto, excelso, elevado; nosotros, en cambio, somos hijos de aquel primer hombre que hundió su cabeza en la tierra. [...] Tú, Señor, para mí significas todas las cosas; lo eres todo para mí; fuera de ti, no quiero nada». Y, encomendando a Dios a todos los fieles, entregó su espíritu.

Al intrépido San Pablo, por ser ciudadano romano, le cupo la decapitación. En el momento de la ejecución, de sus labios brotó el nombre que había predicado sin temor y por el cual había sufrido amorosamente numerosos tormentos: ¡Jesucristo! En efecto, «de lo que rebosa el corazón habla la boca» (Mt 12, 34), especialmente en los últimos instantes de su existencia. Al desprenderse del cuerpo, su cabeza golpeó el suelo tres veces y en cada sitio donde tocó, nació milagrosamente una fuente.

Consumado el martirio de estos dos pilares de la cristiandad, una mujer llamada Lemobia, presente en la muerte de San Pablo, tuvo una visión de los dos apóstoles, los cuales vestían ropas deslumbrantes y llevaban en sus cabe-

zas coronas resplandecientes.³ Aquellas dos almas de fuego ya se encontraban en la gloria celestial, recibiendo el quiñón que «el Señor, juez justo» (2 Tim 4, 8) les había reservado.

Entretanto, aquí en la tierra sus cuerpos sin vida servirían de ocasión para un hermoso acto de heroísmo.

Degolladas defendiendo las santas reliquias

Cuentan que esa misma noche, mientras reinaba el silencio en las calzadas romanas, dos mujeres de la nobleza aprovecharon la circunstancia para enterrar los cuerpos de aquellos grandes de la fe que habían ofrecido su holocausto. Basilia y Anastasia, convertidas por las predicaciones y apostolado de ambos, no dudaron en arriesgar sus vidas en homenaje y gratitud a sus maestros.

Sin embargo, por disposición de la Providencia, las dos fueron descubiertas y llevadas ante el tribunal de Nerón, a fin de que revelaran el paradero de los cuerpos para ser quemados.

Sostenidas por la gracia divina, ninguna de ellas confesó el escondite de los santos cadáveres. Las autoridades, entonces, llenas de furor ante la heroica resistencia de aquellas damas, optaron por torturarlas: les cortaron la lengua y les amputaron los brazos y los pies. No obstante, nada de esto hizo tambalear su fidelidad. Ambas fueron, finalmente, degolladas por el inicuo tribunal.

Valiosa herencia de los primeros cristianos

El martirio de las Santas Basilia y Anastasia, causado en defensa de los restos mortales de los dignísimos representantes de Cristo Jesús, nos revela la fuerte devoción a las reliquias que ya poseían los cristianos de los primeros tiempos.

El acta de la muerte de San Polycarpo, discípulo de San Juan Evangelista, narra que los fieles recogieron los huesos del venerable obispo, como oro y perlas preciosas, y les dieron sepultura.⁴ Otra acta describe el holocausto de San Ignacio de Antioquía, en el Coliseo, tras el cual sus seguidores tomaron los santos despojos, siendo «depositados en la Iglesia como un tesoro inestimable».⁵

El culto a las reliquias —término originario del latín *relinquo* (permanecer o restar) y que en sentido religioso se refiere a los restos de los cuerpos de los santos o los objetos utilizados por ellos— se extendió a lo largo de la historia de la Iglesia. En las catacumbas se celebraba el santo sacrificio de la misa sobre las tumbas de los mártires; hubo catedrales que se irguieron con la finalidad, por así decirlo, de ser grandes reliquarios, como la Sainte-Chapelle, construida para albergar la corona de espinas de Nuestro Señor Jesucristo.

Sin embargo, las reliquias no sólo se encontraban en edificios. Los caballeros católicos tenían la costumbre de incrustarlas en los pomos de sus espadas, para que los fortalecieran en el combate. Roldán, sobrino y uno de los pares de Carlomagno, lleva-

ba en la suya un retal del vestido de la Virgen y un diente de San Pedro.⁶

Para el común de los fieles medievales, militantes de la vida cotidiana, las reliquias eran instrumentos de gracias y milagros. Por eso no escatimaban esfuerzos para estar frente a los cuerpos de los bienaventurados, a través de peregrinaciones. Y así iba arraigándose en las almas esta píadosa devoción, que cobraría nuevo vigor en el convulso siglo XVI.

Condenando la herejía

En esa época, los reformadores protestantes esparcieron su veneno predicando una especie de «Iglesia invisible» y rechazando los objetos de mediación en la relación entre los hombres y Dios. Indignados con el culto a los restos humanos, que impíamente consideraban idolatría, quemaron varios cuerpos incorruptos conservados en Europa.

La abominación alcanzó tal auge que, al invadir la ciudad de Roma, un ejército antipapista quemó y destruyó

innumerables reliquias, además de ridiculizar otras de gran valor para la cristiandad: la cabeza de San Andrés fue arrojada al suelo; el velo con el que la Verónica enjugó la sagrada faz del Redentor fue expuesto a la venta en una taberna; la lanza que atravesó el costado del divino Salvador fue sarcásticamente llevada en un desfile profano.⁷

Ante éstas y muchas otras herejías y manifestaciones de odio, la Santa Iglesia reaccionó promoviendo el Concilio de Trento, el cual reforzó que la veneración de los restos mortales de los santos es un medio por el cual Dios concede a los hombres muchos beneficios y condenó a todos aquellos que contradijeran tal verdad y les negaran a las reliquias la honra debida.⁸

En la eternidad, itenemos hermanos intercesores!

Por desgracia, el pragmatismo de los días actuales oscurece la inteligencia, debilita la voluntad y desequilibra la sensibilidad en relación con las cosas del Cielo, llevando al hombre a relegar a un plano secundario el culto a las reliquias. Sin embargo, no nos hacemos idea de cómo los bienaventurados «se asoman» al «parapeto» celestial —si se pudiera decir así— a disposición de los suplicantes, deseosos de socorrerlos en sus necesidades y de conducirlos a la unión con Dios.

Recurramos, entonces, a los santos; ¡son nuestros hermanos! Y si en la tierra cumplieron en grado heroico el mandamiento divino de amar al prójimo como a sí mismos, cuánto más no se esforzarán por nuestro bien, gozando ya de la eterna felicidad. ♦



Reproducción

La intrépida muerte de las dos mártires revela la fuerte devoción a las reliquias de los primeros cristianos

Martirio de las Santas Basilia y Anastasia, iluminación del Menologio de Basilio II - Biblioteca Vaticana

¹ BEATO SANTIAGO DE LA VORÁGINE. *La leyenda dorada*. 9.ª ed. Madrid: Alianza Forma, 1999, p. 352.

² Ídem, p. 507.

³ Ídem, p. 517.

⁴ Cf. RUIZ BUENO, Daniel (Ed.). *Actas de los mártires*. 5.ª ed. Madrid: BAC, 2003, p. 277.

⁵ RUINART, Teodorico. *Las verdaderas actas de los mártires*.

tires. Madrid: Joachín Ibarra, 1776, t. I, p. 21.

⁶ Cf. ALVAR, Carlos (Dir.). *Cantar de Roldán*. Madrid: Gredos, 1999, p. 175.

⁷ Cf. HIBBERT, Christopher. *Rome: the biography of a city*. London: Penguin, 1985, p. 158.

⁸ Cf. Dz 985.

Amparados por una madre

Como niños que se abandonan al cuidado materno, esperando protección y amparo, Dña. Lucilia quiere que confiemos en su auxilio, seguros de que ella se apresura en socorrer a los hijos que le presentan sus necesidades.

A veces somos llevados a pensar que para ser atendidos al rezar hemos de formular largas y complicadas peticiones. Sin embargo, la enseñanza del Salvador es muy distinta: «Cuando recibéis, no uséis muchas palabras, como los gentiles, que se imaginan que por hablar mucho les harán caso. No seáis como ellos, pues vuestro Padre sabe lo que os hace falta antes de que lo pidáis» (Mt 6, 78).

Los relatos referidos a continuación confirman esa preciosa lección del divino Maestro. Como madre que intercede con solicitud ante el Sagrado Corazón de Jesús, Dña. Lucilia no necesita súplicas grandilocuentes. Más bien quiere que confiemos en su auxilio como niños que se abandonan al cuidado materno, esperando protección y amparo, seguros de que ella siempre se apresura a socorrer a los hijos que le presentan sus necesidades.

«¡Doña Lucilia llenó nuestra billetera!»

Liliana Rojas León y su esposo, José Martín Ordinola Veyra, residentes en la ciudad de Trujillo, Perú, nos

envían el relato de una gracia recibida por intercesión de Dña. Lucilia, en un momento de gran necesidad.

Liliana conoció a los Heraldos del Evangelio en el 2021, a través del Curso de Consagración a la Virgen. A partir de entonces seguía los vídeos subidos a internet, por medio de los cuales conoció la historia de Dña. Lucilia. Le gustaba escuchar la narración de su vida: «Había oído hablar de sus milagros, de su gran intercesión; cada vez que veía el programa me sorprendía tanta bondad e inter-

cesión». No obstante, se preguntaba: «¿Será cierto? ¿Será que, de hecho, es tan milagrosa?».

Así, entre curiosa y asombrada, Liliana fue aumentando su devoción a Dña. Lucilia: «Conseguí una foto de ella, mandé revelarla y la puse en un cuadrito. Siempre la miro y confío en su gran amor por ayudarme. Hasta en pequeñas dificultades me ayuda, la miro y me da tranquilidad. En mis momentos de temores, de miedos, imagino su sonrisa —si estoy lejos de su foto—, y me da calma y paz».

Ante la imposibilidad de pagar la cirugía, la fe de Liliana no encontró obstáculos: «¡Pídele! Pídele y ella te lo dará»

Liliana Rojas León y su esposo, José Martín Ordinola, junto a una foto de Dña. Lucilia



Reproducción

Pues bien, durante la pandemia le diagnosticaron a su esposo un tumor en la hipófisis. Tras numerosas pruebas y consultas médicas les dijeron que había que operarle para sacárselo. No obstante, el presupuesto del procedimiento excedía ampliamente las posibilidades del matrimonio: necesitaban 30.000 soles peruanos para costearlo... ¿Cómo conseguir tal cantidad?

Debido a las restricciones impuestas por la pandemia, el trabajo de José Martín como abogado era escaso y sus ingresos bajos. Pero la fe de Liliana trajo esperanza a la situación cuando ella le contó a su marido las gracias que Dña. Lucilia concede a sus devotos, incluso en apuros económicos como el que estaban atravesando: «Mi esposo, un tanto incrédulo, me dice como riéndose y abriendo su billetera: “Pídele que me llene la billetera”. Y le respondí: “¡Pídele! Pídele y ella te lo dará”».

Tres días después de esta singular conversación, José Martín recibió la notificación de que debía recoger, en una ciudad vecina, las ganancias de una demanda laboral de un cliente. Sus honorarios sumaban 30.000 soles, ¡el importe exacto de la operación! Narra Liliana: «Cuando mi esposo llegó a casa y me enseñó el dinero, diciéndome: “Mira, aquí está, para mi cirugía; todo completo”. Y le respondí: “Viste. La mamita Lucilia te lo concedió. Es milagrosa, ¡es maravillosa!”».

En abril de 2022, José Martín fue operado exitosamente. Liliana vio su confianza recompensada; y termina su narración con gratitud filial: «¡Gracias, mamita Lucilia!».

Cuando los recursos humanos fallan...

También nos llegan relatos de tierras portuguesas. Isabel de Jesús Fonseca Carriço, de Alhos Vedros, nos cuenta una gracia obtenida por la intercesión de esta bondadosa madre.

En agosto de 2022, Isabel tuvo un leve accidente con su automóvil y



Isabel Carriço junto al automóvil reparado

Narra ella: «Decidí recurrir a la intercesión de Dña. Lucilia y empecé a rezar pidiéndole que me devolvieran el coche lo antes posible. Resolví aparecer en el taller personalmente, pero no obtuve nada más de lo que ya sabía; así que comencé a buscar un faro en varios sitios web. Lo tenía complicado. ¡Todo agotado! Continué rezándole, y le prometí entonces que publicaría esta gracia tan pronto como me entregaran el coche».

Y no tuvo que esperar mucho: le dieron prioridad sobre otros clientes de manera inusual y en quince días el concesionario le entregó el vehículo arreglado, a pesar de que las piezas llegaban de la fábrica a cuentagotas. Dña. Lucilia acortó de un modo maternal aquella demora. «Considero esto un gran favor suyo, un cariño particular para conmigo», escribe Isabel, agradecida.

El día que esté sanada...

Al no conseguir que le repararan el coche, Isabel pidió la intercesión de Dña. Lucilia y prometió que publicaría su testimonio

para repararlo eligió un taller acreditado, puesto que ofrece más garantías de calidad en el servicio. No obstante, debido a los enfrentamientos en Ucrania, el material para el arreglo escaseaba en el país.

Con verdadera aprensión, vio pasar tres meses sin recibir noticias sobre la fecha de entrega del vehículo. Como lo necesitaba, llamó al concesionario y le dijeron que le faltaba un faro. ¡Sólo un faro! Resignada, Isabel dejó pasar un poco más de tiempo. Al cumplirse cuatro meses, volvió a preguntar y todo estaba en el mismo punto, sin previsión de finalización del trabajo.

Desde Paraguay nos escribe María del Carmen Fretes Espínola, conocida cariñosamente como Maia, narrando cómo fue auxiliada por Dña. Lucilia: «En octubre de 2022, repentinamente comencé a tener fiebre muy alta. Necesité acudir al sanatorio en vista de que la fiebre no cedia. Ya en los primeros análisis los médicos decidieron que debían internarme, porque los resultados no eran nada alentadores. Siguieron más estudios durante cinco días, en los cuales me dijeron que en mi cuerpo habían entrado unas bacterias muy raras y, por si fuera poco, detectaron una mancha en el pulmón derecho».

Tras siete días de hospitalización, Maia recibió el alta, pero debía tomar gran cantidad de medicación y someterse a un seguimiento médico de la mencionada mancha. A los pocos días, la aparición de otro tipo de bacteria la obligó a ingresar de nuevo.

En diciembre, una tomografía reveló que la mancha, lejos de desaparecer, había aumentado. El médico que la

trataba le indicó entonces que era necesario hacerle una punción en el pulmón. Como no había medios para realizar tal procedimiento en su país, Maia consultó a un especialista de la ciudad de São Paulo, a quien le envió los resultados de todos los análisis. Continúa ella: «El doctor me dijo que debía viajar a São Paulo urgentemente, pues me hablaba de una neoplasia pulmonar, y tenía que someterme a una lobectomía lo más rápido posible».

La víspera del viaje, Maia visitó la casa de los Heraldos del Evangelio de Asunción, donde recibió asistencia sacramental de un sacerdote de la institución para superar la difícil etapa que iniciaba. Éste la confortó diciéndole que Dios siempre tiene la última palabra, y le dio una fotografía de Dña. Lucilia con una oración al dorso. Narra Maia: «Antes de despedirnos, me entregó una estampa de una señora a quien —me dijo—, el día en que el médico certifique que esté sanada, le hiciera una visita en el cementerio de São Paulo».

Maia aún no conocía la protección maternal de Dña. Lucilia, pero a partir de ese día encomendó su salud y tratamiento al cuidado de esta bondadosa señora; y todas las noches rezaba la oración impresa al dorso de la fotografía.

Un diagnóstico que revierte

El 23 de enero comenzó una serie de pruebas preparatorias para la punción pulmonar en el Hospital Albert Einstein, de São Paulo. «Desde el principio sentí una fuerza muy especial que me daba mucha calma

Reproducción



Maia junto a la tumba de Dña. Lucilia, en el cementerio de la Consolación, de São Paulo

Cancelada la punción pulmonar, Maia decidió, llena de alegría, ir al día siguiente a la tumba de Dña. Lucilia para agradecérselo

y tranquilidad durante los análisis; y esto se lo comenté a mi esposo, ya que en circunstancias normales no me hubiera sido fácil superarlos», nos dice ella.

Estando en la sala de procedimientos para hacer la punción, el día 26, Maia rezaba sin cesar. En ese momento entró el cirujano y le dijo que el equipo médico había decidido hacer otra tomografía, para aclarar una duda sobre la mancha en el pulmón, pues les parecía que había disminuido. Escribe Maia: «Al principio me asusté y no quería ilusionarme. Solo

rezaba sin parar y recordaba lo conversado con el sacerdote. Hicieron entrar a mi esposo en la sala y luego de unos minutos el doctor regresó para darme la noticia de que el procedimiento quedaba suspendido porque la mancha se había reducido a más de la mitad y los nódulos periféricos se disolvieron».

Llena de alegría, Maia concluye su relato con palabras de gratitud: «Ese mismo día me comuniqué con el sacerdote heraldo para contarle todo lo que me había sucedido

y decirle que quería visitar, al día siguiente, la tumba de la señora Lucilia. Otra sorpresa: el padre estaba en São Paulo y también tenía previsto ir al cementerio. Fue así como el viernes 24 de enero pude visitar la tumba de esta señora y darle las gracias por este milagro».

Sucesión de pruebas y enfermedades

Igual de conmovedor es el testimonio que Patricia Carolina Ríos Furlotti nos envía, también desde Paraguay, deseando sinceramente que su declaración pueda servir para aumentar la fe de las personas en la maternal intercesión de Dña. Lucilia.

Casada hace dieciséis años con Marcos Rafael Rivelli Barbosa, Patricia aún no tiene hijos y padece varias enfermedades, que comenzaron poco después de su matrimonio y empeoraron con el tiempo. Ambos son fervientes cooperadores de los Heraldos del Evangelio, conocieron la devoción a Dña. Lucilia y a ella se encomendaron en diversas dificultades, recibiendo continuamente sus

favores y protección. Sin embargo, en una de las mayores pruebas por las cuales pasaron, su intervención sobrenatural se hizo más palpable para los dos.

Escribe Patricia: «En el 2019 me enfermaba constantemente y me realicé varios estudios con un ginecólogo, una nutricionista, un médico ortomolecular, un gastroenterólogo y un endocrinólogo. El ginecólogo me diagnosticó endometriosis que alcanzó a ubicarse en los ovarios, generando endometriomas; el gastroenterólogo detectó gastritis y esofagitis; y la nutricionista, una intolerancia a veinte alimentos principales».

Deseando evitar el tratamiento sugerido por el ginecólogo, ya que perdería para siempre la posibilidad de ser madre, Patricia optó por esperar un milagro, cuidándose tan sólo con vitaminas y sales minerales, además de la dieta alimentaria. Con el tiempo, la progresión de la endometriosis pareció detenerse, pero continuaba produciendo terribles dolores y varios síntomas que la imposibilitaban realizar normalmente sus actividades. En noviembre de 2022, sintiéndose muy mal y casi sin poder caminar por el dolor, consultó a un especialista, que solicitó una resonancia magnética.

Narra Patricia: «Luego de verificar el resultado, el doctor me dijo que ambos ovarios, que ya estaban con quistes, habían aumentado considerablemente, en especial uno de ellos. También apareció un mioma en el útero, que causaba dolor y ocupaba el espacio del útero. Por los dolores le dije que, por favor, me operase, pues no iba a aguantar más tiempo sólo con remedios».

«No te voy a operar»

En esa situación de sufrimientos, perplejidades y pruebas, el sacerdote responsable de los cooperadores heraldos de Paraguay invitó a Patricia a formar parte del coro que se estaba constituyendo. Le respondió que le

encantaría participar, pero... dependía de una mejoría en su tan precario estado de salud. Continúa ella: «Entonces el padre, muy caritativo y con toda fe, me dijo que me encomendara a Dña. Lucilia, que hiciera un “contrato” con ella, para que me curara y, así, poder participar en las actividades de apostolado».

Animada con este consejo, Patricia y su familia empezaron a rezar la *Novena irresistible al Sagrado Corazón de Jesús* tomando a Dña. Lucilia como intercesora, pues en vida había sido gran devota de Él. Además de rezar esta oración, Patricia había con-

Patricia hizo un «contrato» con Dña. Lucilia para que la curara y, así, pudiera participar en las actividades de apostolado

servado una pequeña almohada con pétalos de rosas retirados de la tumba de Dña. Lucilia y un recuerdo de ella.

Así preparada, fue al consultorio el día anterior a la operación, a fin de someterse a un análisis previo. Para sorpresa suya, le dijo el médico justo después de examinar el resultado de la prueba: «No te voy a operar». Así lo recuerda Patricia: «Le pregunté serena: “¿Por qué, doctor?”». Él me respondió: «El quiste, ese tan grande, desapareció». Le dije: «¿Y el otro, doctor?». Contestó: «Tampoco está». Y añadió: «¿Para qué te voy a operar si no hay nada?».

Patricia entonces exclamó: «¡Ah, es que tengo una santa que se llama Lucilia!». Y me dijo en broma: «¡Esa señora no me conviene, pues me quita todo mi trabajo!».

Con júbilo y gratitud, Patricia termina su relato: «Ese día fue un sábado, 21 de enero de 2023. ¡Un 21!, es decir, el día del mes en que Dña. Lucilia partió a la eternidad. Es como que su firma. ¡Bendito sea Dios en el Sagrado Corazón de Jesús y de María, en sus ángeles y santos, y especialmente en su hija predilecta Dña. Lucilia!». ♦



Patricia Furlotti y su esposo, Marcos Rafael Rivelli

Reproducción



Leandro Sousa

En honor de la victoria de la cruz

Cúspide y centro del Año litúrgico, las celebraciones del Triduo Pascual son ocasión de especiales gracias para los fieles que en ellas participan.

En la misa vespertina de la Cena del Señor, el Jueves Santo, la Iglesia expresa su gratitud por la institución de la Eucaristía y del sacerdocio, que se manifiesta con particular solemnidad en el traslado del Santísimo Sacramento (foto 2) hasta el Monumento (foto 1). Sin embargo, una nota de gravedad y tristeza se hace sentir al final de la ceremonia con el despojo del altar (foto 3), el cual marca el comienzo de los sufrimientos del Salvador. La postración del sacerdote (foto 4) abre la celebración de la Pasión del Señor, el Viernes Santo, que culmina con la adoración de la Santa Cruz (fotos 5 y 6), bañada por la sangre redentora. Nada es comparable, no obstante, al júbilo de la Iglesia al conmemorar la Resurrección de Jesús en la Vigilia Pascual (foto 14). La ceremonia comienza con la bendición del fuego nuevo (foto 11) y la procesión del cirio pascual (fotos 12 y 13), símbolo de Cristo, Luz que vence las tinieblas del pecado. Este día es la ocasión especialmente propicia para el Bautismo de los catecúmenos (foto

10). Y las alegrías del Domingo de Pascua abarcan incluso la distribución de huevos de chocolate entre los niños (foto 15).

Reproducimos en estas páginas aspectos de las ceremonias realizadas por los Heraldos del Evangelio entre los días 6 y 9 de abril en la basílica de Nuestra Señora del Rosario, de Caeiras (Brasil); en la basílica de Nuestra Señora del Rosario de Fátima, de Cotia (Brasil); en el monasterio de San José de Jesús María, de Madrid; en la iglesia de Nuestra Señora de Fátima, de Tocancipá (Colombia); en la iglesia de la Madre del Buen Consejo, de Ypacaraí (Paraguay); en el oratorio de Nuestra Señora de Fátima y en la capilla de Santa Inés, de Mairiporã (Brasil); en la comunidad de San José de Matola-Gare, Matola (Mozambique); y en la casa de los Heraldos de Guimarães (Portugal).

También destacan el viacrucis procesional realizado en la casa de los Heraldos de Guatemala (foto 7), así como las procesiones del Cristo yacente que recorrieron el convento de las Descalzas Reales, de Madrid (foto 8), y las calles de la parroquia del Sagrado Corazón de Jesús, de Medellín, Colombia (foto 9).



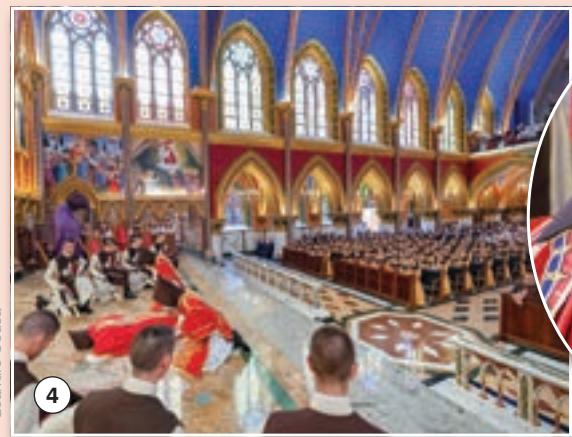
1
Leandro Sousa



2



3
David Ayuso



Leandro Sousa

4



Sergio Oliveira

5



Jesse Arce

6



Roberto Salas

7



Eric Salas

8



Ivano Gavilanes

9



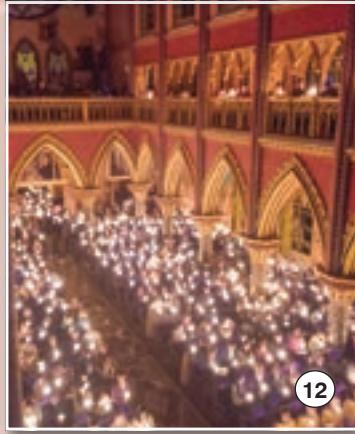
Silvestre Marcos

10



David Ayusso

11



Emerson Junior

12



Xavier Jacob

13



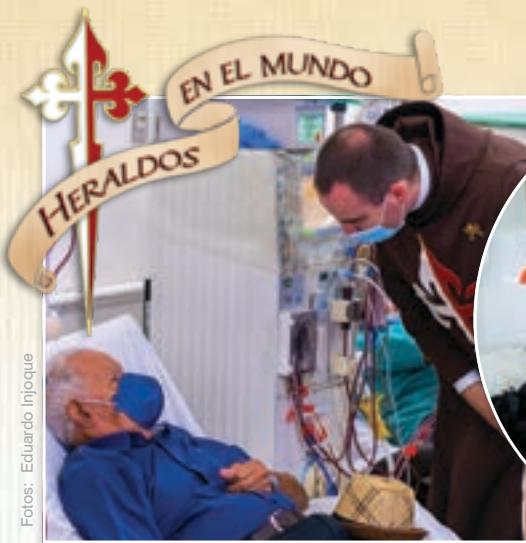
Eric Salas

14



José Eduardo Valente

15



Fotos: Eduardo Injoque

Brasil – A instancias de los Hermanos Franciscanos en la Providencia de Dios, la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María visitó, los meses de marzo y abril, las dependencias del Hospital Universitario San Francisco, de Bragança Paulista, y las Santas Casas de Misericordia de las ciudades de Aparecida y Guaratinguetá. Al son de bellas melodías ejecutadas por los jóvenes heraldos, la Madre de Dios llevó consuelo y esperanza tanto a los pacientes como al personal sanitario.



Fotos: Dismery Tineo

República Dominicana – El asilo San Francisco de Asís, dirigido por las Hermanitas de los Ancianos Desamparados de la ciudad de Santo Domingo, también recibió la visita de la imagen peregrina. Se llevó a cabo la coronación de la Santísima Virgen y hubo momentos de oración.



Fotos: Aida de Mérida

Guatemala – Grande e inocente alegría mostraron los niños de la guardería perteneciente a la iglesia de la Virgen del Camino, de Ciudad de Guatemala, al acoger a la imagen peregrina el 23 de marzo. Junto con los profesores y auxiliares, elevaron sus infantiles peticiones a María Santísima y recibieron rosarios, estampas y golosinas como recuerdo.

XVIII Encuentro Nacional del Apostolado del Oratorio

Diez mil personas participaron en el XVIII Encuentro Nacional del Apostolado del Oratorio, realizado el 22 de abril en el Santuario de Fátima, Portugal. El programa comenzó con la entrada en procesión y coronación de la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María, seguido de la santa misa presidida por Mons. Francisco José Villas-Boas Senra de Faria Coelho, arzobispo de Évora, en la basílica de

la Santísima Trinidad. «Veo en los Heraldos del Evangelio una fidelidad adamantina y audaz de encuentro con el Señor en la oración, en la fidelidad a la Iglesia y, por tanto, eco del propio Evangelio que acabamos de escuchar», afirmó el prelado durante la homilía. Tras la celebración hubo un momento de adoración al Santísimo Sacramento, rezo del rosario y procesión hasta la capilla de las Apariciones.



Fotos: Telmo Silva



Fotos: KLP El Salvador

El Salvador – Con el fin de recaudar los fondos necesario para la construcción de la nueva iglesia de los Heraldos en ese país, el 18 de abril más de quinientas personas se dieron cita en una cena benéfica en San Salvador. En esa ocasión, Mons. Luigi Roberto Cona, nuncio apostólico en El Salvador, coronó la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María. Los presentes pudieron asistir también a un concierto musical y a un vídeo sobre el avance de las obras.



SUCEDIÓ EN LA IGLESIA Y EN EL MUNDO

Crece el número de bautizados en la Vigilia Pascual

Las celebraciones de Semana Santa dieron nueva vida a la Iglesia universal, con miles de bautismos realizados durante la Vigilia Pascual.

Sólo en Estados Unidos, más de 4.000 catecúmenos recibieron los sacramentos de iniciación cristiana. La archidiócesis de Atlanta figura como la más favorecida, con 1.831 nuevos miembros, seguida de la archidiócesis de Washington, con 1.000 bautizados; Baltimore, con 500; y Luisiana, con más de 300. Cabe señalar que la Eucaristía fue un factor determinante para muchas de esas conversiones.

En Europa, la Conferencia Episcopal Francesa informó que 5.463 adultos fueron bautizados en su territorio —un aumento del 28% con relación al año pasado—, y destacó el notable número de jóvenes entre 18 y 25 años que se convirtieron a la fe católica.

Los austriacos quieren cruces en espacios públicos

Una reciente encuesta realizada para la revista de noticias *Profil* reveló que la mayoría de los austriacos —el 67% de la población— está a favor de que se conserven las cruces en espacios públicos, como colegios y hospitales, y se mantengan las celebraciones de la Pascua en guarderías y escuelas.

De los entrevistados, el 62% justifican su elección por la permanencia de las fiestas pascuales, pues son celebraciones de alto contenido cristiano que forman parte de la tradición austriaca, mientras que un 30% tan sólo

las consideran agradables festejos para los niños. Sin embargo, dos tercios de la población creen que las conmemoraciones de la Pascua y Navidad tienden a disminuir o perderse totalmente en las escuelas por deferencia hacia las personas de otras creencias.

«Noche de los Confesionarios»

Más de 200 iglesias se unieron a la campaña anual de la *Noche de los Confesionarios*, en Polonia, ocasión en que los fieles pueden recurrir al sacramento de la Penitencia en horario nocturno, a fin de prepararse para las solemnidades pascuales. La iniciativa, que cumple trece años, tiene como objetivo satisfacer las necesidades de los católicos ocupados durante el día.

Este año los fieles contaron con una página web especial y una aplicación para móviles, las cuales les permitían conocer las iglesias que ofrecían confesiones nocturnas y reservar un horario, así como descargar oraciones e incluso un examen de conciencia que les orientara en la preparación.

mentando nuevas formas de apostolado —como los centros de Acogida Cristiana en los Caminos de Santiago, así como el incremento de símbolos católicos, como cruces e imágenes del apóstol, a lo largo del recorrido— a fin de ofrecerles a los peregrinos una oportunidad de reavivar su fe, a lo cual el Camino, por su propia fuerza histórica y espiritual, ya predispone.

Católicos construyen una capilla en Vietnam

Tras décadas de perseverancia, a pesar de la oposición del Gobierno, una pequeña comunidad de fieles católicos erigió su propia parroquia en las proximidades de Son Thịnh, en el distrito de Văn Chấn, Yên Bái, al noroeste de Vietnam.

La capilla de 300 m², aún sin puertas ni ventanas, es el primer triunfo de la comunidad, que desde la década de 1980 lucha para mantener viva la fe en medio de la hostilidad de las autoridades civiles y la precaria asistencia sacramental existente en la región.

Profesora italiana sancionada por rezar con alumnos

A mediados de marzo, una maestra de enseñanza primaria fue sancionada con 20 días de suspensión de empleo y reducción de sueldo por haber rezado parte del rosario con los alumnos de una escuela pública de la ciudad de San Vero Milis, Cerdeña.

La profesora, Marisa Francescangeli, había confeccionado con los niños una pulsera en forma de rosario en vísperas de la Navidad y les invitó a rezar. Las quejas de algunos padres motivaron las medidas disciplinarias impuestas por la dirección de la escuela, las cuales provocaron polémicas discusiones en los medios de comunicación italianos.

Primera misa, tras 20 años de dominio fundamentalista

El monasterio de San Miguel en Mosul, Irak, tuvo nuevamente



Antonio Lutjens

¿Devoción o turismo en Santiago de Compostela?

Movidas por la fe, más de 70.000 personas recorrieron el histórico Camino de Santiago en 2022. La cifra fue obtenida en una encuesta realizada por la Asociación de Municipios del Camino de Santiago, la cual reveló que al menos un 20% de los caminantes hicieron el trayecto en espíritu de peregrinación.

Con el objetivo de aumentar la motivación religiosa de esta caminata, los obispos españoles vienen imple-

Reavivación de la fe en Berlín

Conocida como la «capital atea de Europa», Berlín es hoy escenario de innovadores esfuerzos de evangelización, lo que puede representar una auténtica respuesta de la Providencia a la creciente deschristianización del continente.

Los católicos de la parroquia de San Clemente, por ejemplo, localizada a 2 km del Bundestag, compraron la iglesia en 2006, cuando la archidiócesis de Berlín atravesaba una grave crisis financiera y tuvo que venderla, e invitaron a sacerdotes paúles de la India para que se instalaran allí y les brindaran asistencia sacramental. Desde entonces, la iglesia —tal vez la única de Berlín— acoge la adoración eucarística permanente, las 24 horas del día, durante toda la semana, con nutrida participación de la feligresía.

Otras iniciativas, como las lideradas por el exdirector de las relaciones internacionales de la compañía aé-

rea Lufthansa, Jan Philipp Göetz, incluyen proyectos de formación doctrinaria en una academia de filosofía y en una asociación para empresarios. También hay grupos católicos que combinan la devoción mariana con los desafíos presentados por las nuevas tecnologías digitales, y promueven el rezo del rosario por las calles de la ciudad.

Conforme aseveraba un sacerdote berlínés, para los nuevos evangelizadores de una Alemania olvidada del cristianismo está cada vez más claro que «los fieles a Cristo se encuentran rodeados por otros que afirman que nuestro deber es abandonar lo que Jesús nos enseñó y lo que hicimos durante dos mil años y

actualizarlo al siglo XXI»; pero «en estos días nuestra tarea es estar al pie de la cruz y permanecer con Jesús y con María».



Adoración Eucarística en la parroquia de San Clemente, Berlín

el santo sacrificio del altar celebrado entre sus paredes en el mes de marzo. Seis años después de la liberación de la ciudad, y bajo un panorama aún devastado por veinte años de enfrentamientos en el país, el arzobispo metropolitano de rito caldeo, Mons. Najib Mikhael Mousa, OP, presidió la misa en el monasterio, concelebrada por el obispo de Alqosh, Mons. Paul Thabet Habib

Yousif Al Mekko. Durante la invasión del Estado Islámico, el lugar fue deliberadamente saqueado y vandalizado por los fundamentalistas, además de haber sufrido numerosos bombardeos, pues era utilizado por los yihadistas como refugio y depósito de armas.

Por su parte, el arzobispo sirio de Mosul, Mons. Benedic Younan Mubarak Hano, tuvo la alegría de ce-

lebrar en abril la misa de la Primera Comunión de 115 niños en la iglesia de San Juan Bautista, localizada en la ciudad iraquí de Qaraqosh, la cual también estuvo ocupada por el Estado Islámico entre 2014 y 2016. En este período, los fundamentalistas quemaron y profanaron diversas iglesias locales, y los cristianos que no lograron huir fueron torturados y asesinados.



Suscríbase gratis en
ES.GAUDIUMPRESS.ORG

Siga aquí las principales noticias
de la Iglesia católica
en el mundo y en el Vaticano



¿Somos inútiles?

Recordándolo todo, Manuela se sentó en un banco y se deshizo en lágrimas. Hasta que sopló uno de esos ventarrones de otoño, que hacen que caigan tantas hojas de los árboles...



✉ Valery Dayan Montenegro López

Era otoño, un sábado por la tarde. Los niños esperaban que comenzara la clase de catecismo, impartida por una buena religiosa. Pero, sorprendidos, ven entrar a otra hermana, la coordinadora:

—Un aviso: la Hna. Laura no ha podido venir porque está resfriada y

necesita descansar. Así que aprovechad el tiempo para adelantar las lecciones.

Los alumnos se entristecieron con la noticia, pues, además de tener pena de su profesora, sentían no poder avanzar en la materia sobre la presencia real de Nuestro Señor Jesucristo en la Eucaristía, uno de los últimos temas antes del gran día de la Primera Comunión.

Con el tiempo, algunos iban terminando sus tareas. En este grupo estudiaba Manuela, una niña particularmente inocente y muy generosa, quien decidió ocupar los minutos que le quedaban auxiliando a sus compañeros:

—¿Alguien necesita ayuda?

Nadie respondía...

Se levantó y fue de pupitre en pupitre preguntando lo mismo, pero las respuestas siempre eran negativas.

Esto no la molestó ni la intimidó: ¡quería hacer una buena acción! Como aún faltaba una hora y media para volver a casa, Manuela resolvió darse una vuelta por la escuela tratando de serle útil a alguien, quienquiera que fuese.

La primera idea que le vino a la mente fue la de ir a cuidar a la Hna. Laura.

Entonces se dirigió a sus aposentos y en el camino se encontró a la hermana enfermera.

—Mi profesora está enferma. ¿Puedo cuidar de ella o al menos hacerle compañía? Quién sabe si no se está sintiendo sola...

La religiosa percibió la buena disposición de la pequeña, pero tuvo que explicarle la situación:

—¡Qué gesto tan bonito! Estoy segura de que la Hna. Laura se quedaría muy contenta. Sin embargo, no puedo permitirlo, porque si te acercas a ella podrías enfermarte tú también. ¡Que la Virgen te lo recompense! Escríbelle una carta, que yo se la entrego.

Conformada con estas palabras, Manuela redactó una afectuosa nota y después siguió buscando a alguien que necesitara ayuda.

Entonces se encontró con la hermana responsable de la costura. Al ver que estaba tejiendo un lindo mantel de altar, se ofreció alegremente:

—¡Buenas tardes! ¿Necesita algún servicio?

—Oh, pequeña, ¡muchas gracias! Sólo tengo una aguja... La próxima vez traeré más para que puedas coser conmigo, ¿vale?

Manuela aceptó y se quedó allí un rato viendo cómo tejía; luego se despi-



Vio un papel en el suelo, se acercó y lo recogió. Era una estampa de Santa Teresa, con una frase

dió y se marchó por el pasillo. Al bajar las escaleras se cruzó con un empleado que trabajaba en el mantenimiento del edificio. Llevaba una caja de herramientas en una mano y una escalera en la otra. Sin pensárselo dos veces, corrió hacia él.

—¡Déjeme que le ayude, señor!

Pero el hombre le dijo refunfuñando:

—¡Esto no es para ti! Sólo los mayores pueden transportar estos materiales. Tú eres una niñita flaca y sin fuerzas.

Manuela le contestó:

—Mire, creo que por lo menos la caja puedo llevarla.

Un poco desconfiado, se la entregó. ¡Pobrecita! ¡No se dio cuenta de que estaba mal cerrada! Así que cuando la cogió por el asa de la tapa, la caja se abrió y todas las herramientas se cayeron por las escaleras... Inmediatamente el empleado le gritó:

—¡Lo sabía! Anda, niña, vete de aquí antes de que ocurran más desastres.

Asustada por la brutalidad del hombre, Manuela se marchó.

Unos minutos más tarde divisó al jardinero con unas flores que iba a plantar. Pensando que quizás en los arriates podría ser útil, salió corriendo hacia él y, segura de la respuesta afirmativa, le preguntó:

—¿Le puedo ayudar a plantar esas bonitas flores?

—¿Así, tan «elegantemente» vestida? Para esta faena hay que llevar una ropa adecuada. Además, no es una cosa fácil trabajar con la tierra, para nada; hace falta experiencia y mucha delicadeza. Seguro que aún no entiendes de plantíos, ¿verdad?

Confundida una vez más, Manuela decidió regresar a la clase y esperar que llegara la hora de volver a casa... Pero a mitad de camino, recordando todo lo que le había sucedido, no aguantó y empezó a sollozar, casi a llanto partido. Entonces se sentó en uno de los bancos del jardín y dejó correr las lágrimas.

En determinado momento sopló uno de esos ventarrones de otoño, que hacen que las hojas de los árboles caigan como copos de nieve. La escena la distrajo un poco ya que al estar anocheciendo el paisaje se volvía sumamente hermoso. Entonces sintió que algo le rozó la cara: un papelito que acabó aterrizando a unos metros de distancia.

«Barrer este suelo yo sola no puedo hacerlo, pero al menos quitar ese papel de ahí, sí; porque su sitio no es el césped», pensó consigo misma. Se acercó a recogerlo y vio que era una estampa de Santa Teresa del Niño Jesús, con la siguiente frase: «Piensa que Jesús está en el sagrario expresamente para ti, ¡sólo para ti!».

«Jesús en el sagrario... —reflexionaba—. ¡Qué feo por mi parte! Me estoy preparando para la Primera Comunión y ni siquiera me vino a la mente la idea de ir a visitarlo». Inmediatamente se levantó y, enjugándose las lágrimas, se dirigió a la capilla de las religiosas, a la que todos los estudiantes tenían libre acceso.

En el lugar se respiraba mucha paz y recogimiento; era pequeño, pero muy acogedor y piadoso. Se arrodilló, rezó un poquito en silencio, confiando sus intenciones al pie del altar. Después de un rato en oración se sentó en el banco, agachó la cabeza y contempló de nuevo la estampa de Santa Teresa, que literalmente había bajado del cielo a fin de llevarla junto al Santísimo Sacramento. Leyó y releyó aquella frase varias veces, encantada con lo que decía. De pronto, un suave ruido interrumpió sus pueriles meditaciones. Levantó la mirada y se dio cuenta de que la puerta del sagrario, de donde había venido el sonido, ¡estaba abierta! «Qué extraño..., cuando yo llegué no estaba así», se dijo. Enseguida notó la presencia de alguien a su lado. Se giró y...

—Manuela, te estaba esperando.

Era Jesús, que le abría sus brazos y la estrechaba contra su divino Corazón.

—Señor, ¿me estabas esperando?

—Sí, hija mía. Si fueras la única pecadora del mundo, me habría encarnado sólo para redimirte. Pero no me detendría ahí: me habría escondido bajo las especies de pan y vino, tan sólo para alimentarte y convivir contigo.

—¿Puedo serle útil en algo, Señor?

—Sí. Dame tu amor, que nunca será inútil para mí; al contrario, me agrada enormemente.

Manuela recibió otro abrazo del Señor y cuando quiso darse cuenta la visión había desaparecido. Pero aquella gracia marcó profundamente su alma.

De ahí en adelante, nunca perdería la mínima oportunidad de visitar al Santísimo Sacramento, pues recordaría que Cristo habría venido a la tierra únicamente para salvarla y que para Él siempre seremos muy útiles, con tal de que le entreguemos todo nuestro corazón, correspondiendo al amor que Él nos tiene. ♦



Ilustraciones: Elizabeth Bonyun

Para Dios siempre seremos útiles, con tal de que correspondamos al amor que Él nos tiene

LOS SANTOS DE CADA DÍA

1. Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote.

San Justino, mártir (†c. 165 Roma).

San Simeón de Siracusa, ermitaño (†1035). Despues de llevar vida eremítica en Belén y en el monte Sinaí, terminó sus días recluido en la torre de la Puerta Negra de Tréveris, Alemania.

2. Santos Marcelino y Pedro, mártires (†304 Roma).

Santa Blandina, mártir (†177). Decapitada en Lyon, Francia, en tiempo del emperador Marco Aurelio, tras sufrir numerosos tormentos.

3. San Carlos Lwanga y doce compañeros, mártires (†1886 Kampala, Uganda).

San Juan Grande, religioso (†1600). De la Orden Hospitalaria, falleció contagiado por la peste, contraída al cuidar a los enfermos, en Jerez de la Frontera, España.

4. Solemnidad de la Santísima Trinidad.

Beato Francisco Pianzola, presbítero (†1943). Sacerdote de la diócesis de Vigevano, Italia, fundó la Congregación de las Hermanas Misioneras de la Inmaculada Reina de la Paz.



San Ciríaco - Iglesia de los Mártires, Málaga (España)

5. San Bonifacio, obispo y mártir (†754 Dokkum, Países Bajos).

Santo Ilidio de Auvernia, obispo (†384). Prelado de Clermont-Ferrand, Francia. Llamado a Tréveris, Alemania, por el emperador Máximo para liberar a su hija de un espíritu inmundo, murió en el viaje de regreso.

6. San Norberto, obispo (†1134 Magdeburgo, Alemania).

Beato Lorenzo de Masiclís de Villamagna, presbítero (†1535). Sacerdote franciscano fallecido en Ortona, Italia. Atrajo multitudes con su predicación, produciendo numerosas conversiones.

7. Beata María Teresa de Soubiran La Louvière, virgen (†1889). Fundó la Congregación de las Hermanas de María Auxiliadora, en Toulouse, Francia. Fue injustamente expulsada de su obra y pasó el resto de su vida en profunda humildad.

8. Beato Juan Davy, diácono y mártir (†1537). Religioso cartujo inglés que, por negarse a hacer el Juramento de Supremacía, sufrió terribles torturas y murió de hambre en la cárcel, durante el reinado de Enrique VIII.

9. San Efrén, diácono y doctor de la Iglesia (†373 Edesa, Turquía).

Beata Ana María Taigi, madre de familia (†1837). Terciaria trinitaria y ama de casa, soportó con paciencia el carácter violento de su marido. Poseía singular don de sabi-

duría, discernimiento de espíritus y profecía.

10. Beato Enrique de Bolzano, laico (†1315). Siendo carpintero y analfabeto, entregaba a los pobres todo lo que tenía. Ya con la salud debilitaba, compartía con los más necesitados la precaria limosna que mendigaba.

11. Solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo.

San Bernabé, apóstol.

Santa Aleide, virgen (†1250). Religiosa cisterciense del monasterio de La Chambre, cerca de Bruselas. A los 22 años enfermó de lepra, quedándose paralítica y ciega. Ofrecía sus sufrimientos por las almas del Purgatorio.

12. San León III, papa (†816). Le confirió la corona del Sacro Imperio a Carlomagno, rey de los francos, y luchó en defensa de la verdadera doctrina sobre la dignidad divina del Hijo de Dios.

13. San Antonio de Padua, presbítero y doctor de la Iglesia (†1231 Padua, Italia).

Beato Gerardo, monje (†1138). Hermano de San Bernardo y cisterciense, como él, en Claraval, Francia. Brilló por su gran inteligencia y discernimiento espiritual, a pesar de la escasa cultura que poseía.

14. San Fortunato de Nápoles, obispo (†s. vi). Preservó a su diócesis de la herejía arriana, proclamando la divinidad de Jesucristo.

15. Santa María Micaela del Santísimo Sacramento, virgen (†1865 Valencia, España).

Santa Benilde, mártir (†853). Sufrió el martirio al confesar públicamente la divinidad de Jesucristo durante la dominación musulmana en España.

16. Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús.

Beata María Teresa Scherer, virgen (†1888). Primera superiora general de la Congregación de la Hermanas de la Caridad de la Santa Cruz, fundada en Ingenbohl, Suiza, para la asistencia a los enfermos, pobres y necesitados.

17. Inmaculado Corazón de María.

Beato Pedro Gambacorta, religioso (†1435). Fundó en Monterevello, Italia, la Orden de Eremitas de San Jerónimo, cuyos primeros religiosos fueron antiguos ladrones convertidos por él.

18. XI Domingo del Tiempo Ordinario.

Santos Ciríaco y Paula, mártires (†s. IV). Lapidados en África durante la persecución del emperador Diocleciano.

19. San Romualdo, abad (†1027

Marcas, Italia).

Beato Gerlando, religioso (†c. 1271). Caballero de la Orden de San Juan de Jerusalén, protector de viudas y huérfanos.

20. Beata Margarita Ball, mártir (†1584).

Viuda septuagenaria que acogía en su casa a sacerdotes perseguidos. Denunciada por su propio hijo, fue sometida a torturas en la prisión de Dublín, donde murió.

21. San Luis Gonzaga, religioso (†1591 Roma).

San Leufredo, abad (†738). Fundó en Evreux, Francia, la abadía de la Santa Cruz y la rigió durante casi cuarenta y ocho años.

22. San Paulino de Nola, obispo (†431 Nola, Italia).

Santos Juan Fisher, obispo, y **Tomás Moro**, mártires (†1535 Londres).

San Nicetas de Remesiana, obispo (†c. 414). Elogiado por San Paulino de Nola por su trabajo de evangelización de los bárbaros.

23. Santa Ediltrude, abadesa (†679). Reina de Northumbria, Inglaterra, que después de rechazar dos veces el matrimonio recibió del obispo San Wilfrido el velo religioso, en el monasterio construido por ella misma en Eliense.

24. Natividad de San Juan Bautista.

San Teodgaro, presbítero (†c. 1065). Misionero que construyó en Vestervig, Dinamarca, la primera iglesia de madera de la región.

25. XII Domingo del Tiempo Ordinario.

Beata Dorotea de Montau, viuda (†1394). Tras la muerte de su marido, se encerró en una celda construida junto a la pared de la catedral de Marienwerder, actual Polonia, dedicándose a la oración y a la penitencia.

26. San Pelayo, mártir (†925

Córdoba, España).

San José Ma Taishun, mártir (†1900). Médico y catequista asesinado a los 60 años durante la persecución anticristiana en China.

27. Nuestra Señora del Perpetuo Socorro.

San Cirilo de Alejandría, obispo y doctor de la Iglesia (†444 Alejandría, Egipto).

San Sansón, presbítero (†560). Según la tradición, erigió un hospital en Constantinopla a invitación del emperador Justino I, a quien había curado de una enfermedad.

28. San Ireneo, obispo y mártir (†c. 202 Lyon, Francia).

San Pablo I, papa (†767). Escribió a los emperadores Constantino V y León IV para que restituyeran la antigua veneración a las sagradas imágenes. Trasladó los cuerpos de los mártires de los cementerios en ruinas a iglesias y monasterios.

29. Solemnidad de los Santos Pedro y Pablo, apóstoles.

Santas María Du Tianshi y su hija **Magdalena Du Fengju**, mártires (†1900). Descubiertas en un cañaveral en las proximidades de Shenxian, China, donde se habían escondido de la persecución anticristiana, murieron proclamando su fe en Cristo.

30. Santos Promártires de la Iglesia de Roma (†64 Roma).

San Ladislao de Hungría, rey (†1095). Restableció las leyes cristianas promulgadas por San Esteban y reformó las costumbres, dando él mismo ejemplo de una vida virtuosa.



Santa Paula - Iglesia de los Mártires, Málaga (España)

¿Sólo de los ángeles y de los fuertes?

¿Quién estaría a la altura de recibir la sagrada Eucaristía? A primera vista, el pan de los ángeles y de los fuertes no pareciera conveniente a nuestro estado de miseria. Sin embargo, podemos llegar a ser dignos receptáculos de Jesús Hostia.

✉ Lorena Mello da Veiga Lima



Todo iba bien. Hasta que un día sus vidas cambiaron completamente. Por su insensatez, perdieron un mundo de maravillas y se vieron arrojados a un terrible valle de lágrimas... Sí, querido lector, me refiero a la historia de Adán y Eva, o más bien a nuestra historia. Expulsados del paraíso terrenal, sobre ambos recayeron varias maldiciones, que se desdoblaron en su descendencia a lo largo de los milenios. Una de ellas se encuentra expresada así en la Sagrada Escritura: «Comerás el pan con el sudor de tu frente» (Gén 3, 19).

Se entiende que estas palabras aluden al esfuerzo que a partir de entonces el hombre tendría que hacer para ganarse su propio sustento. Sin embargo, dejando de lado este trágico escenario, las palabras divinas suscitan cierta curiosidad: si Dios menciona el pan con tanta naturalidad

en esa sentencia, ¿no sería conocido ya en los comienzos de la humanidad? Y entonces surge otra pregunta: «Adán y Eva, ¿erais vosotros quienes lo hacíais? ¿O el Padre eterno os lo daba, como “pan bajado del cielo” (cf. Sal 77, 24)?». Dejo la respuesta a merced de su imaginación, querido lector, para pasar a una cuestión más trascendente.

Algunos teólogos plantean la hipótesis de que la segunda Persona de la Santísima Trinidad se habría encarnado aunque no hubiera existido el pecado original, a fin de coronar la obra de la creación con la unión hipostática.¹ Si esto es cierto, ¿no podemos conjeturar que también se instituiría la santísima Eucaristía?

Quizá por eso el pan está presente en las comidas desde el Edén, a fin de habituar a la humanidad a su uso, predisponiéndola a desear un pan su-

perior, inimaginable, como es la sagrada Comunión.

Sea como fuere, el momento de la institución de este augusto sacramento llegó cuando, el Jueves Santo, el Señor proclamó: «Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros» (Lc 22, 15). El Corazón de Jesús vibraba de emoción al darse, por fin, en alimento a la naturaleza humana y permanecer con nosotros hasta el final de los tiempos (cf. Mt 28, 20).

«Éste es el pan de los ángeles dado en alimento a los peregrinos, el verdadero pan de los hijos».² Las generaciones se han sucedido desde la Santa Cena y el fervor de los fieles nunca ha cesado de buscar nuevas expresiones para alabar a la Eucaristía. Y uno de los títulos encontrados ha sido *Pan de los fuertes*.

Pan de los ángeles, pan de los fuertes... «La hostia consagrada no es un manjar propio para mí, que no soy ni



Primera Comunión en la basílica de Nuestra Señora del Rosario, Caeiras (Brasil)

una persona valiente ni un espíritu angélico», podría concluir alguien. Nos conocemos muy bien... ¡Cuántas cobardías y vacilaciones en la fe, cuántas vergonzosas capitulaciones ante las tentaciones del enemigo! Si la Eucaristía le hubiera sido dada sólo a los habitantes del paraíso terrenal, al menos estaría proporcionado. Pero ¿a nosotros?

¡Lejos de nosotros caer en esta mentira del demonio! Como enseñó San Pío X al promover la Comunión frecuente, la recepción del Santísimo

Sacramento no es un premio para los perfectos, sino un auxilio para nuestra flaqueza. El secreto está en *cómo*, por qué *medio*, nos presentamos para recibir el sacramento del altar.

Aunque nuestra conciencia no nos acuse de pecado mortal, sentimos cierta indignidad ante Jesús Hostia. ¿Cómo encubrirla y atraer los efectos sublimísimos del banquete celestial? Sólo hay un modo: recibirlo por medio de la Santísima Virgen. Ella, la más perfecta devota de la Eucaristía, prepara nuestra alma revistiéndola de

sus virtudes, para que seamos dignos receptáculos de su Hijo, y lo acoge y adora en nuestro nombre. Por tanto, «en ningún sitio se le puede encontrar tan cercano y al alcance de la debilidad humana como en María, pues para esto bajó a Ella».³

Tan rico alimento sólo será bien aprovechado gracias a la intercesión de Nuestra Señora, ya que, en todas partes, Jesús será siempre el pan de los ángeles y de los fuertes; en María, en cambio, Él se convertirá en «el pan de los niños y de los débiles».⁴

¹ La mayoría de los teólogos cree que la Encarnación sólo tuvo lugar como remedio del pecado. Otros, como San Ruperto de Salzburgo, San Alberto Magno, Duns Escoto o San Francisco de Sales, tienen una opinión diferente. San-

to Tomás de Aquino se encuentra en el primer grupo, pero termina su exposición sobre el tema reconociendo que para el poder de Dios nada impediría que el Verbo eterno se encarnara sin la existencia del pecado. (cf. ROYO MARÍN,

OP, Antonio. *Jesucristo y la vida cristiana*. Madrid: BAC, 1961, pp. 32-34; SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. III, q. 1, a. 3).

² De la secuencia *Lauda Sion*, compuesta por Santo Tomás

de Aquino para la solemnidad de Corpus Christi.

³ SAN LUIS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT. «El secreto de María», n.º 20. In: *Obras completas*. Bogotá: E. Montfortianas, 2003, p. 326.

⁴ Cf. Idem, ibidem.



El Sagrado Corazón es vuestro

Ella es, después de Dios, y tanto cuanto lo puede ser, la caridad viva, el cielo vivo. ¡Qué no hace Ella por derramar en un alma al menos una gota de vida divina!

Deseáis, oh, María, difundir la gracia. ¡Pues bien! De ella seréis Madre. La propia fuente de la gracia es el Sagrado Corazón de Jesús: Él es vuestro, tomadlo, abridlo, derramadlo. Haced, en un mismo acto, su felicidad, la vuestra y la de las almas. Dad, conceded. Vos nunca lo dareis todo, porque Él es infinito. Vos nunca daréis en demasía, porque Él quiere dar lo infinito.

P. Jules Chevalier, MSC

Nuestra Señora del Sagrado Corazón - Iglesia de San Pedro, Ciudad Real (España)